

# Ciudad de pesadilla

## Dashiell Hammett

### I. UNA LLEGADA SENSACIONAL

Un Ford, blanqueado por el viaje a través del desierto hasta tal punto que casi resultaba imposible distinguirlo de las nubes de humo que revoloteaban en torno a él, bajaba por la calle Main de Izzard. Igual que el polvo, se acercaba veloz, errático, recorriendo en zigzag toda la amplitud de la calzada.

Una mujer pequeña—una chica de veinte años vestida con franela marrón— salió a la calle. Solo gracias al salto hacia atrás que dio con la rapidez de un pájaro, el Ford errante la esquivó por centímetros. Se mordisqueó el labio inferior con unos dientes bien blancos, lanzó con sus ojos negros una mirada de enojo a la trasera del coche que se alejaba y volvió a probar la calzada.

Cerca del otro bordillo, el Ford cargó de nuevo contra ella. Sin embargo, había tenido que reducir la velocidad para dar la vuelta. Esta vez, para escaparse la chica solo tuvo que recorrer a toda velocidad los pasos que la separaban de la acera.

Un hombre se bajó del automóvil, que no había dejado de moverse. Conservó milagrosamente el equilibrio, trastabillado, resbalando, hasta que pudo echarle un brazo al poste de hierro de una marquesina para detenerse bruscamente. Era un hombre grande, vestido de un caqui desleído, alto, ancho, de brazos gruesos; tenía los ojos grises e inyectados en sangre; tanto la cara como la ropa, rebozados de polvo. Con una mano sujetaba un bastón negro y grueso, con la otra se quitó el sombrero y luego se inclinó en una reverencia exageradamente sumisa ante la mirada enojada de la chica.

Una vez terminada la reverencia, lanzó el sombrero descuidadamente a la calzada y exhibió una sonrisa grotesca entre la máscara de polvo que le recubría la cara: una sonrisa que acentuaba la dureza de un mentón sucio y de aparente aspereza por los pelos.

—Le ofrezco mis disculpas —dijo—. Si no llego a tener cuidado, creo que casi la atropello. Esa camioneta es poco fiable. Me la ha prestado un ingeniero. Nunca le pida nada prestado a un ingeniero. No son fiables.

La chica se quedó mirando el lugar en que se alzaba aquel hombre como si él no estuviera allí, como si, de hecho, allí nunca hubiera habido nadie; luego se volvió, le mostró su pequeña espalda y avanzó calle abajo con un andar muy riguroso.

El hombre la miró fijamente con una estúpida expresión de sorpresa en los ojos, hasta que ella desapareció por un umbral, a media manzana. Entonces se rascó la cabeza, se encogió de hombros y se volvió para mirar hacia el otro lado de la calle, donde el coche había hincado el morro contra la fachada de ladrillo visto del banco de Izzard y ahora temblaba y repiqueteaba como si le hubiera entrado el pánico al descubrir que nadie lo conducía.

—Mira ese cabrón —dijo el hombre.

Una mano se cerró en torno a su brazo. El hombre volvió la cabeza y luego, pese a que él mismo medía más de un metro ochenta, tuvo que alzar la vista para mirar a los ojos al gigante que lo estaba sujetando.

—Vamos a dar un paseíto —propuso el gigante.

El hombre de caqui desleído examinó al otro desde la puntera ancha de sus zapatos hasta la corona arrugada del sombrero negro, lo examinó con una admiración intensa que resultaba inconfundible en sus ojos enrojecidos. Le hablaba desde la enormidad de sus casi dos metros. Unas

piernas que parecían columnas sostenían un cuerpo como un tonel, con unos hombros amplios, algo caídos, como si su propio peso les resultara excesivo. Tendría en torno a los treinta y cinco años y su cara, de rasgos gruesos y expresión flemática, con arrugas quemadas por el sol en torno a unos ojos pequeños y claros... La cara de un hombre decidido.

—¡Por Dios, qué grande! —exclamó el de caqui al terminar su repaso. Luego se le iluminaron los ojos—. ¡Hagamos lucha libre! Apuesto diez pavos contra quince a que le puedo tumbar. ¡Vamos!

El gigante soltó una risa profunda desde su amplio pecho, agarró al hombre de caqui por un brazo y por el codo y echó a andar calle abajo con él.

## II. LA JUSTICIA Y UNA BOFETADA EN LA CARA

Steve Threefall se despertó sin sorprenderse demasiado por la extrañeza de lo que le rodeaba, como suele ocurrirle a quien ya se ha despertado antes en lugares ajenos. Antes de abrir los ojos del todo, ya conocía los datos básicos de su situación. El tacto del catre en que dormía y el olor agudo del desinfectante en sus fosas nasales le dijeron que estaba en la cárcel. La cabeza y la boca le dijeron que había estado borracho; y el rastrojo de barba de tres días en la cara le dijo que había estado muy borracho.

Al sentarse y bajar los pies al suelo volvieron a él los detalles. Los dos días de beber sin parar en Whitetufts, al otro lado de la línea que separaba Nevada de California, con Harris, el propietario del hotel, y Whiting, un ingeniero de regadío. La estrepitosa discusión sobre viajar por el desierto, con el contraste entre su experiencia en Gobi y las experiencias americanas de los demás. La apuesta a que podía conducir de Whitetufts a Izzard durante el día sin beber más que el licor blanco especialmente amargo que estaban bebiendo en ese momento. La salida en la grisura del alba inminente, en el Ford de Whiting, con el propio Whiting y Harris tambaleándose por la calle detrás de él, despertando a la ciudad con sus gritos de borrachos y el rugido de sus consejos burlones hasta que llegó al límite del desierto. Y luego el trayecto por el desierto, a lo largo de una carretera más caliente todavía que el desierto mismo, con... Decidió no pensar en el trayecto. Aunque lo había conseguido. Había ganado la apuesta. Ya no recordaba cuánto se habían jugado.

—Entonces, ¿se te ha pasado por fin? —preguntó una voz atronadora.

La puerta de barrotes de acero se abrió y entró un hombre que ocupaba todo el espacio del umbral. Steve le sonrió. Era el gigante que se negaba a practicar la lucha libre. Ahora iba sin chaqueta ni chaleco y se le veía más alto que antes. Uno de sus tirantes estaba decorado con una placa brillante que lo identificaba como jefe de la policía local con la inscripción «Marshall».

—¿Ganas de desayunar? —preguntó.

—Sería capaz de darle un bocado a una lata de café.

—De acuerdo. Pero tendrás que tragártelo rápido. El juez Denvir está esperando para echarte un vistazo y cuanto más lo hagas esperar más duro será contigo.

La sala en la que el juez de paz Tobin Denvir administraba justicia era una habitación grande de la tercera planta de un edificio de madera. Estaba austeramente decorada con una mesa, un escritorio antiguo, un grabado al acero de Daniel Webster, un estante lleno de libros que dormían bajo un polvo de semanas, una docena de sillas incómodas y media docena de escupidores de porcelana agrietados y desportillados.

El juez estaba sentado entre el escritorio y la mesa, con los pies en la segunda. Eran los pies pequeños propios de un hombre pequeño. Tenía la cara llena de arruguitas de irritación, los labios finos y prietos y unos ojos brillantes, sin párpados, como de pájaro.

—Bueno, ¿de qué se le acusa?

La voz era aguda, bruscamente metálica. Mantuvo los pies sobre la mesa.

El jefe de la policía local respiró hondo y recitó.

—Conducir por el lado contrario de la calle superando el límite de velocidad, conducir habiendo consumido alcohol, sin carnet, poniendo en peligro las vidas de los peatones por no llevar las manos en el volante, y aparcamiento inapropiado, en la acera, contra el banco. —El Marshall volvió a respirar y luego añadió, con pena manifiesta—: También había una de intento de agresión, pero la chica Vallance no va a aparecer, así que tenemos que retirarla.

Los ojos brillantes del juez se posaron en Steve.

—¿Cómo se llama? —gruñó.

—Steve Threefall.

—¿Es el nombre verdadero? —preguntó el policía.

—Claro que lo es —soltó el juez con brusquedad—. No irás a pensar que nadie sería tan estúpido como para darte un nombre así si no fuera verdadero, ¿no? —Luego se dirigió a Steve—: ¿Qué dices tú? ¿Culpable, o no?

—Iba un poco...

—¿Eres culpable, o no?

—Eh, supongo que...

—¡Ya basta! Multa de ciento cincuenta dólares, más las costas. Las costas son de quince dólares y ochenta centavos, lo que suma un total de ciento sesenta y cinco dólares y ochenta centavos. ¿Paga, o va a la cárcel?

—Si los tengo, pago —dijo Steve, volviéndose hacia el policía—. Usted se quedó con mi dinero. ¿Tengo esa cantidad?

El policía movió su cabeza gigantesca en gesto afirmativo.

—La tiene —contestó—. Exactamente. Al céntimo. Qué curioso que haya salido así, ¿verdad?

—Sí, qué curioso —repitió Steve.

Mientras el juez de paz preparaba un recibo para la multa, el policía devolvió a Steve su reloj, el tabaco y las cerillas, la navajita de bolsillo, las llaves y, por último, el bastón negro. El grandullón sopesó el bastón con una mano y lo examinó de cerca antes de entregárselo. Era grueso, de ébano, pero parecía pesado incluso para esa madera, con un equilibrio que insinuaba la presencia de contrapesos en la contera y la empuñadura. Salvo en un trozo del centro, de la amplitud de una mano de hombre, el bastón estaba gastado, lleno de cortes y muescas que daban testimonio de su uso frecuente, marcas que el cuidadoso pulido no había logrado eliminar o disimular. El negro de la zona lisa era más suave que en el resto, igual que el de la empuñadura, como si hubiera tenido mucho más roce con la palma de la mano.

—En un apuro, no es mala arma —dijo el policía en tono intencionado mientras devolvía el bastón a su dueño.

Steve lo agarró con el gesto que se reserva a un compañero favorito y constante.

—No es mala —concedió—. ¿Qué ha pasado con el cacharro?

—Está en el taller, al doblar la esquina de la calle Main. Pete dijo que no estaba destrozado del todo y que le parece que lo puede arreglar si le interesa.

El juez le entregó el recibo.

—¿Y con esto ya he terminado? —preguntó Steve.

—Espero que sí —contestó en tono amargo el juez Denvir.

—Lo mismo digo —respondió Steve.

Se puso el sombrero, se encajó el bastón negro bajo el brazo, saludó al gigantesco policía con una inclinación de cabeza y abandonó la sala.

Steve Threefall bajó la escalera de madera que llevaba a la calle con toda la alegría mental que le permitía su cuerpo, abrasado en su interior por el licor blanco y en su exterior por un día entero de carrera en el desierto calcinante.

Que el juez le hubiera vaciado hasta el último centavo de los bolsillos le preocupaba poco. Sabía bien que la justicia se comportaba así en todas partes con el de fuera, y la mayor parte de su dinero lo esperaba todavía en manos del propietario del hotel de Whitetufts. Se había librado de una condena de cárcel y podía considerarse afortunado. Mandaría un telegrama a Harris para que le enviase parte de su dinero, esperaría a que reparasen el Ford y luego volvería a Whitetufts, aunque esta vez no lo haría con la dieta del whisky.

«¡Nada de eso!», le gritó una voz en el oído.

Dio un respingo y luego se rio de sus nervios, crispados por el alcohol. Aquellas palabras no eran para él. A su lado, en un rellano de la escalera, había una ventana abierta y, frente a ella, al otro lado de un callejón estrecho, quedaba la ventana, también abierta, de otro edificio. La segunda correspondía a una oficina en la que dos hombres, sentados cara a cara ante un escritorio, se miraban.

Uno de ellos, de mediana edad y bien fornido, llevaba un traje de paño fino, del cual sobresalía la barriga, cubierta por un chaleco blanco. Estaba rojo de ira. El hombre encarado a él era más joven, quizá de unos treinta años, llevaba un bigote corto y oscuro, tenía los rasgos esculpidos y un cabello moreno satinado. Cubría su delgado cuerpo de atleta con un immaculado traje gris, camisa gris, corbata gris y plata, y delante de él, sobre la mesa, tenía un sombrero de panamá con la cinta gris. En contraste con la rojez del otro, este tenía la cara blanca.

El fortachón dijo algo: una docena de palabras en un tono tan bajo que Steve no llegó a entenderlas.

El más joven golpeó con saña al que acababa de hablar con la mano abierta, una mano que a continuación voló hasta la chaqueta de su dueño, de donde sacó una pistola automática de cañón corto.

—Bola de sebo —gritó el joven, con voz sibilante—. Como te metas en esto, te arruinaré el chaleco.

Golpeó el protuberante chaleco con su automática y se rio en la cara fea y rolliza del tipo musculoso; al reírse una amenaza chispeó en su dentadura impecable y en la oscura hendidura de sus ojos. Luego cogió el sombrero, se echó la pistola al bolsillo y desapareció de la vista de Steve. El gordo se sentó.

Steve siguió bajando hacia la calle.

### **III. IZZARD GANA UN CIUDADANO**

Steve encontró el taller al que habían llevado el Ford, habló con un mecánico grasiento que respondía al nombre de Pete y averiguó que el coche de Whiting estaría en condiciones para circular al cabo de dos días.

—Vaya trompa te pillaste ayer —dijo Pete con una sonrisa.

Steve devolvió la sonrisa y salió del taller. Bajó hasta la oficina de telégrafos, contigua al hotel Izzard, y se detuvo un momento en la acera para contemplar un descapotable Vauxhall Velox, de

color crema brillante, que destacaba junto al bordillo, tan fuera de lugar en aquella sucia ciudad fabril como un ópalo arlequín en el escaparate de una verdulería.

Volvió a detenerse en el portal de la oficina de telégrafos, esta vez de manera abrupta.

Detrás del mostrador había una chica vestida de franela marrón, la misma a la que había estado a punto de atropellar dos veces la tarde anterior, la «chica Vallance» que había preferido no añadir cargos a las acusaciones contra Steve Threefall. A este lado del mostrador, inclinado sobre el mismo, hablando con ella en aparente intimidación, estaba uno de los dos hombres que había entrevistado por la ventana desde la escalera, media hora antes: el dandi esbelto y vestido de gris que había abofeteado al otro en la cara y lo había amenazado con su automática.

La chica alzó la mirada, reconoció a Steve y se quedó muy tiesa. Él se quitó el sombrero y avanzó con una sonrisa.

—Lamento profundamente lo de ayer —le dijo—. Me convierto en un loco estúpido cuando...

—¿Desea mandar un telegrama? —preguntó ella en tono frígido.

—Sí —respondió Steve—. Y también quisiera...

—Hay formularios y lápices en aquel mostrador, delante de la ventana.

Y le dio la espalda.

Steve notó que se le subían los colores y, como era uno de esos hombres que suelen sonreír cuando no saben qué hacer, sonrió y se encontró mirando a los ojos oscuros del hombre de gris.

Este le devolvió la sonrisa bajo su bigotillo moreno y le dijo:

—Qué buen rato pasaste ayer.

—Bastante bueno —concedió Steve.

Se acercó al mostrador que ella le había indicado. Escribió su telegrama:

Henry Harris

Harrys Hotel, Whitetufts:

Conseguí llegar de pie, pero estoy sin blanca.

Mándame doscientos dólares.

Volveré el sábado.

### THREEFALL

Sin embargo, no se alejó del mostrador de inmediato. Se quedó allí, con el papel en las manos, estudiando al hombre y la chica, que habían reanudado su conversación confidencial a ambos lados del mostrador. Steve estudiaba sobre todo a la chica.

Era bastante bajita, apenas algo más de metro y medio, y tenía esa clase peculiar de esbeltez redondeada que transmite una engañosa apariencia de fragilidad. La cara era un óvalo de piel cuya fina blancura había sobrevivido hasta entonces a los sucios vientos de Izzard; la nariz terminaba justo antes de volverse respingona; los ojos, de un negro violáceo, hubieran tenido un tamaño excesivamente teatral si llegan a ser un poco más grandes, mientras que al cabello, entre negro y marrón, le faltaba poco para ser demasiado denso para el tamaño de la cabeza que coronaba. Y sin embargo, en ningún aspecto distaba de ser tan hermosa como una figura de un lienzo de Monticelli.

Mientras jugueteaba con el telegrama entre sus dedos bronceados, Steve Threefall se fijó en todo eso y sintió la necesidad acuciante de conseguir la aceptación de sus disculpas. Cualquiera que fuese la explicación —y él se cuidó mucho de darse explicación alguna— la cosa estaba ahí. En un momento no había, en los cuatro continentes que conocía, nada que tuviera la importancia suficiente

para inquietar a Steve Threefall; al siguiente, vivía bajo la ineludible compulsión de obtener el favor de aquella personita cubierta de franela marrón, con sus cintas marrones en torno al cuello y las muñecas.

En ese momento el hombre de gris se inclinó aún más sobre el mostrador para susurrar algo a la chica. Ella se sonrojó y parpadeó. El lápiz que sostenía en la mano cayó sobre el mostrador y ella lo recogió con unos deditos que de pronto parecían incongruentemente tensos. Formuló su respuesta con una sonrisa y siguió escribiendo, pero la sonrisa parecía forzada.

Steve rompió su telegrama y redactó otro:

Lo conseguí, dormí la mona en el trullo y me instalo aquí un tiempo. Hay cosas que me gustan de este sitio. Envíame el dinero y mi ropa del hotel. Negocia en mi nombre la compra del Ford de Whiting por el precio más bajo posible.

Llevó el formulario al mostrador y lo presentó.

La chica pasó el lápiz por encima del texto mientras iba contando las palabras.

—Cuarenta y seis —anunció, en un tono que, sin pretenderlo, lamentaba la ausencia de la debida brevedad telegráfica.

—Largo, pero no pasa nada —la tranquilizó Steve—. Lo mando a cobro revertido.

Ella le dedicó una mirada gélida.

—No puedo aceptar un cobro revertido si no me consta que el remitente lo puede pagar en el caso de que el destinatario lo rechace. Va contra las normas.

—Será mejor que hagas una excepción en este caso —le dijo Steve con solemnidad—, porque si no tendrás que dejarme el dinero para pagarlo.

—¿Que tendré...?

—Así es —insistió—. Tú me metiste en este lío y de ti depende sacarme de él. Sabe Dios que ya me has costado bastante dinero tal como están las cosas. ¡Casi doscientos dólares! Todo fue por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

—¡Sí! Ahora te doy la oportunidad de compensarlo. Mándalo deprisa, por favor, porque tengo hambre y necesito afeitarme. Esperaré fuera, sentado en el banco.

Giró sobre sus talones y salió de la oficina.

#### **IV. UN HOMBRE FLACO, DE CARA TRISTE**

Un extremo del banco que había delante de la oficina de telégrafos estaba ocupado cuando Steve, sin prestar atención al hombre sentado en él, se acomodó en el otro extremo. Descansó el bastón negro entre las piernas y se lio un cigarrillo con una lentitud pensativa, con la mente puesta en la escena que acababa de transcurrir dentro de la oficina.

Se preguntó por qué siempre que había alguna razón especial para la solemnidad a él le daba por ponerse frívolo. Por qué siempre que se enfrentaba a una situación importante, o que tuviera algún significado para él, se deslizaba de manera incontrolable hacia el cacareo y se ponía a hacer el payaso. Encendió el cigarrillo y con algo de sarcasmo decidió —como ya había hecho una docena de veces en ocasiones anteriores— que todo se debía a un intento infantil de disimular su timidez; que pese a sus treinta y cinco años de vida, dieciocho de rozarse los hombros con el mundo —no solo

con sus aristas, también con sus superficies más pulidas—, en el fondo seguía siendo un chiquillo: un niño grande.

—Menuda trompa te pillaste ayer —le comentó el hombre sentado en la otra punta del banco.

—Sí —admitió Steve sin volver la cabeza.

Daba por hecho que mientras permaneciera en Izzard seguiría oyendo comentarios sobre su loca aparición.

—Seguro que el viejo Denvir te ha limpiado del todo, como hace siempre, ¿no?

—Ajá —respondió Steve, volviendo al fin la cabeza para mirar al otro.

Vio a un hombre muy alto y delgado, vestido de un marrón herrumbroso, encorvado para apoyar la nuca en el respaldo, con sus angulosas piernas extendidas a lo ancho de la acera. Un hombre de más de cuarenta con el rostro demacrado y melancólico, marcado por unas arrugas tan profundas que más bien parecían pliegues de la piel. Los ojos tenían el lúgubre tono castaño propio de un perro basset y la nariz era larga y afilada como un abrecartas. Iba dando caladas a un puro negro al que arrancaba una sorprendente cantidad de humo para luego exhalarlo hacia arriba, dividido en dos penachos grises al salir por la nariz.

—¿Habías estado antes en nuestra noble y joven ciudad? —preguntó a continuación el melancólico individuo.

El ritmo monótono de su voz no era desagradable al oído.

—No, es la primera vez.

El flaco inclinó la cabeza en un gesto irónico.

—Si te quedas, te gustará —dijo—. Es muy interesante.

—¿Qué hay por aquí? —preguntó Steve, llevado por una leve curiosidad a propósito de su compañero de banco.

—Nitrato de sodio. Se saca a paladas del desierto, se hierva, o se cocina como sea, y se vende a los fabricantes de fertilizantes, a los fabricantes de ácido nítrico y a cualquier otra clase de fabricantes capaces de fabricar algo con nitrato de sodio. La fábrica en la que, para la que y desde la que se hace todo eso queda más allá, al otro lado de las vías del tren.

Señaló calle abajo con indolencia, hacia un grupo de edificios bajos de hormigón que bordeaban el desierto al final de la avenida.

—Y si alguien no se dedica a jugar con el sodio... —preguntó Steve, más por provocar que aquel hombre siguiera hablando que por satisfacer su afán de conocimiento de las costumbres locales—. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

El flaco encogió sus hombros huesudos.

—Eso depende —dijo— de quién seas. Si eres Dave Brackett —señaló con un dedo en dirección a la fachada roja del banco, en la otra acera— te relames con tus hipotecas, o lo que sea que hacen los banqueros; si te llamas Grant Fernie y eres demasiado grande para ser un hombre, aunque no tanto como para ser un caballo, te enganchas una placa en el pecho y te dedicas a meter en el calabozo a los malos conductores que vienen de fuera para que duerman la mona; o si eres Larry Ormsby y tu viejo es el dueño de la fábrica de sodio, entonces conduces cochazos importados del otro lado del charco —añadió, señalando el Vauxhall con una inclinación de cabeza— y te pasas el día persiguiendo a las bellas operadoras de telégrafos. Pero entiendo que tú estás sin blanca, acabas de mandar un telegrama pidiendo dinero y estás esperando el resultado, más o menos dudoso. ¿Es así?

—Así es —respondió Steve sin prestar demasiada atención.

Así que el dandi vestido de gris se llamaba Larry Ormsby y era hijo del dueño de la fábrica.

El flaco recogió las piernas y se puso en pie.

—En ese caso, es hora de comer y yo soy Roy Kamp y tengo hambre y no me gusta comer solo y me encantaría acompañarte a conocer los grasientos peligros de un almuerzo en casa de Finn. Steve se levantó y le tendió la mano.

—Encantado, también —dijo—. El café que he tomado para desayunar está pidiendo compañía. Me llamo Steve Threefall.

Se dieron la mano y echaron a andar juntos, calle arriba. Dos hombres enfrascados en una seria conversación bajaban hacia ellos; uno era el tipo corpulento a quien Larry Ormsby había abofeteado. Steve esperó hasta que pasaron junto a ellos y luego preguntó a Kamp como quien no quiere la cosa:

—¿Y quiénes son esos, con pinta de importantes?

—El pequeño y regordete que lleva un traje de cuadros que parece un uniforme escolar es Conan Eider: inmobiliaria, seguros e inversiones. El que iba a su lado, con pinta de haber nacido en Wallingford, es el mismísimo W. W. Fundador, dueño y yo qué sé qué más del pueblo. W. W. Ormsby, el honorable. El papá de Larry.

Entonces, la escena de aquella oficina, con su bofetada y el asomo de la pistola, había sido un asunto familiar; un asunto entre padre e hijo, en el que el hijo tenía un papel dominante.

Steve, que ahora caminaba sin prestar demasiada atención a lo que decía la voz de barítono de Kamp, sintió un creciente desagrado al recordar la imagen de la chica y Larry Ormsby hablando junto al mostrador, con sus cabezas bien pegadas.

El comedor de Finn era poco más que un pasillo encajado entre una sala de billar y una ferretería, con la amplitud apenas suficiente para una barra y una hilera de taburetes giratorios. Cuando entraron los dos hombres, solo había un cliente.

—Hola, señor Rymer —saludó Kamp.

—¿Qué tal, señor Kamp? —contestó el hombre de la barra.

Cuando el tipo volvió la cabeza hacia ellos, Steve se dio cuenta de que era ciego. Velados por una cortina gris, sus ojos grandes y azules parecían dos agujeros.

Era un hombre de talla media que aparentaba unos setenta años, aunque la flexibilidad de sus manos blancas y esbeltas sugería algo menos. Una densa melena de cabello blanco caía sobre un rostro que, pese a estar entrecruzado por arrugas, parecía en calma, como si perteneciera a un hombre que se hallaba en paz con el mundo. Estaba terminando de comer y tardó poco en irse, desplazándose hacia la puerta con la lenta exactitud propia de un ciego en un entorno familiar.

—El viejo Rymer —dijo Kamp a Steve— vive solo en una choza detrás de donde van a instalar la nueva sede de los bomberos. Se supone que tiene toneladas de monedas de oro bajo el suelo, según los cotilleos locales. Cualquiera día nos lo encontraremos hecho polvo. Pero no atiende a razones. Dice que a él nadie le haría daño. ¡Y lo dice en una ciudad con un surtido de maleantes tan variado!

—¿Es una ciudad dura?

—¡No puede ser de otra manera! Solo tiene tres años... Y las ciudades nacidas en el desierto siempre atraen a los chicos duros.

Kamp se despidió de Steve después de comer, le dijo que probablemente se encontrarían por la ciudad a lo largo de la tarde y le insinuó que en el salón de billar contiguo había buenas partidas.

—Ahí nos veremos, entonces —dijo Steve.

Volvió a la oficina de teléfonos. La chica estaba sola.

—¿Hay algo para mí? —le preguntó.

Ella dejó sobre el mostrador un talón verde y un telegrama y regresó a su escritorio. El telegrama decía:



Apuesta cobrada.

Doscientos pagados a Whiting por el Ford. Mando seiscientos cuarenta de saldo.

Enviaré la ropa. Ten cuidado.

HARRIS

—¿Mandaste el telegrama a cobro revertido, o te debo...?

—Revertido.

—Sin alzar la mirada.

Steve apoyó los codos para inclinarse por encima del mostrador; el mentón, exagerado todavía por el rastrojo de barba, aunque libre ya de polvo y suciedad, apuntaba hacia delante para subrayar su determinación de mantener la debida seriedad hasta que hubiera hecho lo que tenía que hacer.

—Oye, señorita Vallance —dijo, con toda intención—. Ayer hice toda clase de estupideces y no sabe cuánto lo lamento. Pero, a fin de cuentas, no ocurrió nada terrible y...

—¡Nada terrible! —estalló la mujer—. ¿No le parece nada sufrir la humillación de que un tipo con la cara sucia y el coche en un estado aún peor te persiga como a un conejo arriba y abajo por la calle?

—No te perseguía. La segunda vez, volví para disculparme. De todos modos... —Ante la incomodidad que le provocaba su irredenta hostilidad, la decisión de comportarse con seriedad no sirvió para nada y Steve volvió a caer en el tono burlón que solía usar para defenderse—. Por mucho miedo que pasaras, deberías aceptar mis disculpas y olvidar el pasado.

—¿Miedo? Hombre...

—Me encantaría que dejaras de repetir mis palabras —se quejó Steve—. Esta mañana ya lo has hecho, y ahora otra vez. ¿Nunca se te ocurre algo propio que decir?

Ella lo fulminó con la mirada, abrió la boca y la cerró con un ligero chasquido. Con su rostro airado bruscamente inclinado sobre los papeles que tenía en la mesa, se puso a sumar cifras de una columna.

Steve movió la cabeza en fingida señal de aprobación y cogió el talón para llevarlo al banco, en la otra acera.

El único hombre visible en el banco cuando entró Steve era un tipo pequeño y regordete con una barba entrecana y cuidadosamente recortada que escondía casi por completo su cara jovial, salvo por los ojos: unos ojos astutos y amables.

El hombre se acercó a la ventana abierta en la rejilla y dijo:

—Buenas tardes. ¿En qué puedo servirle?

Steve entregó el talón de la oficina de telégrafos.

—Quiero abrir una cuenta.

El banquero cogió el papel verde y le dio un golpecito con un dedo grueso.

—¿Es usted el hombre que asaltó ayer mi fachada con un automóvil? —Steve Sonrió. Un destello animó los ojos del banquero y una sonrisa le sacudió la barba—. ¿Se va a quedar en Izzard?

—Un tiempo.

—¿Puede darme alguna referencia?

—Tal vez el juez Denvir, o Fernie, el jefe de policía, le hablen bien de mí —dijo Steve—. Pero si escribe al Seaman's Bank de San Francisco le dirán que, hasta donde ellos saben, soy de fiar.

El banquero asomó una mano rolliza por la ventana del enrejillado.

—Encantado de conocerlo. Me llamo David Brackett. Si hay algo que pueda hacer para ayudarle a instalarse... Venga a verme.

Diez minutos después, ya fuera del banco, Steve se topó con el gigantesco policía, que se detuvo delante de él:

—¿Sigues aquí? —preguntó Fernie.

—Ahora soy un izzardita —respondió Steve—. Al menos, por un tiempo. Me gusta vuestra hospitalidad.

—No dejes que el viejo Denvir te vea salir del banco —le aconsejó Fernie—. Si no, la próxima vez te estrujará a fondo.

—No habrá una próxima vez.

—En Izzard siempre la hay —dijo el jefe de policía en tono enigmático, antes de poner su mole en movimiento.

## V. UN HOMBRE SE MARCHA DE IZZARD

Esa noche, afeitado y bañado, aunque vestido todavía con su pantalón caqui descolorido, Steve, siempre con su bastón negro, jugó un póquer con Roy Kamp y cuatro trabajadores de la fábrica. Jugaron en la sala de billar contigua al comedor de Finn. Al parecer, Izzard era una ciudad permisiva. Doce mesas dedicadas a los dados, al póquer, al perro rojo y al veintiuno ocupaban la mitad de la sala, en la que se conseguía aguardiente por el mero coste de un dedo alzado y cincuenta centavos. No había nada subrepticio en el local: era obvio que su propietario, un italiano de cabeza ahuevada a quien los clientes llamaban Gyp, contaba con el favor de las fuerzas de la ley en Izzard.

La partida de Steve avanzó con suavidad y rapidez, como ocurre cuando los jugadores son expertos. Aunque siempre, en casi todas las partidas, hay una amenaza potencial de trampa, en la práctica aquella era honesta. Los seis hombres sentados a la mesa, sin excepción, eran jugadores que sabían lo que hacían: hombres que jugaban en silencio y atentos, que perdían y ganaban sin ponerse nerviosos ni despistarse. Ninguno de los seis —salvo Steve y tal vez Kamp— hubiera dudado a la hora de sacrificar la honestidad para obtener algún beneficio. Sin embargo, allí donde el conocimiento de las trampas se reparte de modo equitativo, no es extraño que prevalezca la honradez.

Larry Ormsby entró en la sala de billar algo después de las once y se sentó a una mesa, a relativa distancia de Steve. Entre el humo se distinguía alguno de los rostros que, a lo largo del día, había visto por la calle. A las doce menos cinco, los cuatro trabajadores de la fábrica abandonaron la mesa de Steve para irse a trabajar —les tocaba el «turno del cementerio»— y su marcha puso fin a la partida. Steve, que más o menos había ido a la par todo el rato, calculó que había ganado algo menos de diez dólares; Kamp se llevaba cincuenta y pico.

Tras rechazar una invitación a sentarse en otra mesa, Steve y Kamp se fueron juntos y salieron a la calle, oscura y fría por la noche, donde el aire les pareció fresco por el humo y el alcohol que se respiraban en el interior. Caminaron lentamente por la avenida apenas iluminada hacia el hotel Izzard; ninguno de los dos tenía prisa por poner fin a su primera noche juntos, pues ambos sabían a esas alturas que el banco despintado de la oficina de teléfonos les había brindado un camarada. No habían llegado a intercambiar todavía un millar de palabras, pero su camaradería era tan fuerte ya como si hubieran cruzado un continente juntos.

Así paseaban cuando un portal oscuro empezó a vomitar de pronto una serie de hombres que se les echaron encima.

Steve saltó contra una fachada al recibir un golpe en la frente y se encontró rodeado de brazos, al tiempo que el filo ardiente de una navaja le recorría el brazo izquierdo. Hundió el bastón negro en un cuerpo ajeno y se liberó del brazo que lo mantenía agarrado. Aprovechó el momentáneo alivio recién conseguido para cambiar la sujeción del bastón; ahora lo sostenía en horizontal, agarrado por el centro con la mano derecha de tal modo que la parte de abajo descansaba sobre el antebrazo y la de arriba sobresalía por el lado izquierdo. Apoyó el costado izquierdo en la pared y el bastón negro giró como un torbellino para convertirse en el negro brazo de la noche. La empuñadura apuntó a toda prisa hacia una cabeza. El dueño de la misma alzó un brazo para detener el golpe. El bastón se dio la vuelta, giró en sentido contrario sobre su eje, el extremo de la contera pasó por debajo del brazo defensivo, golpeó la mandíbula con un chasquido y acto seguido avanzó para hundirse en el cuello. El dueño de aquella mandíbula y de aquel cuello alzó al cielo su rostro amplio, de burdos rasgos, caminó de espaldas para alejarse de la pelea y se perdió de vista por la acera.

Kamp, enfrentado a dos hombres en medio de la acera, consiguió soltarse y sacó un arma; sin embargo, se le echaron de nuevo encima sin darle tiempo a usarla.

Con la mitad inferior del bastón apoyada de nuevo en el antebrazo, Steve se volvió justo a tiempo para absorber el impacto de un brazo que le caía encima como una porra. El bastón se desplazó lateralmente, golpeó una sien con la empuñadura y quiso golpear la otra con la contera pero falló, aunque solo porque el primer golpe había dejado ya de rodillas a su receptor. De pronto, Steve vio que Kamp había caído. Hizo girar el bastón para abrirse paso hasta el flaco, golpeando una cabeza que ya se agachaba sobre su figura tumbada y delgaducha y se sentó a horcajadas encima de él; el bastón de ébano giró aún más rápido, dando vueltas como se dice que hacían antaño las estacas en el bosque de Sherwood. Y mientras giraba se iba oyendo el ruido de la madera contra el hueso, contra el metal de las armas; también, algo más apagado, madera contra carne. Nunca trazaba círculos completos, sino breves arcos: al recuperarse el extremo que acababa de dar un golpe añadía más velocidad al avance del otro. Donde apenas un instante antes la empuñadura había trazado un arco de izquierda a derecha, la contera golpeaba ahora de derecha a izquierda — por debajo de los brazos que el defensor alzaba; por encima, si los bajaba— y trazaba en el espacio una esfera de un metro de diámetro, cuyos radios se convertían en un torbellino de manguales.

Detrás de ese bastón convertido en miembro vivo de su cuerpo, Steve Threefall encontraba la felicidad —esa rara felicidad que solo los expertos conocen— resultante de hacer algo que se domina a la perfección. También recibía golpes —algunos lo sacudían, lo tambaleaban— pero apenas se daba cuenta. Toda su conciencia estaba puesta en el brazo derecho y en el bastón que giraba con él. Un revólver, arrancado a golpes de una mano, disparó tres metros por encima de su cabeza; un cuchillo repicó como una campana en los ladrillos de la acera, un hombre gritó como lo hacen los caballos golpeados.

El fin de la pelea fue tan abrupto como lo había sido su inicio. Unos pasos sordos que se alejaban, figuras que se desvanecían en la oscuridad de una calle lateral, más completa; Steve se encontró solo, salvo por el hombre que yacía entre sus pies y el otro, que seguía quieto en la alcantarilla.

Kamp abandonó gateando la protección de las piernas de Steve y se puso en pie a toda prisa.

—Tu trabajo con ese palo es lo que podríamos llamar adecuado —dijo, arrastrando las sílabas.

Steve miró al flaco. ¡Ahí estaba el tipo al que había aceptado como camarada después de tratarlo apenas una tarde! Un hombre capaz de quedarse tumbado en la calle y dejar que su compañero peleara por los dos. Unas palabras calientes tomaron forma en la garganta de Steve.

—Eres un...

El flaco torció la cara en una mueca extraña, como si oyera algún sonido débil y muy lejano. Se llevó las manos al pecho y apretó, como si quisiera juntar los dos costados. Luego se dio media vuelta, hincó una rodilla y cayó hacia atrás, con una pierna doblada bajo el cuerpo.

—Avisa a...

La tercera palabra sonó tan confusa que no pudo reconocerla. Steve se arrodilló junto a Kamp, le levantó la cabeza para apartarla de la acera y vio que su cuerpo delgado estaba rajado desde el cuello hasta la cintura.

—Avisa a...

El flaco intentaba desesperadamente que la última palabra llegara a sonar.

Una mano agarró a Steve por un hombro.

—¿Qué diablos pasa aquí?

El rugido de la voz de Grant Fernie, el jefe de la policía, tapó las palabras de Kamp.

—¡Cállese un momento! —estalló Steve, y volvió a pegar un oído a la boca de Kamp.

Sin embargo, el moribundo ya no podía emitir ningún sonido articulado. Lo intentó con tanto esfuerzo que se le salían los ojos; luego tuvo unos estremecimientos horribles, tosió, provocando que la raja del pecho se ensanchara más todavía, y se murió.

—¿Qué ha pasado? —repitió el policía.

—Otro comité de recepción —dijo Steve con amargura, soltando el cadáver en la acera para poderse levantar—. Uno de ellos está tirado en la calle. Los otros se han largado por esa esquina.

Intentó señalar con la mano izquierda, pero enseguida la dejó caer junto al costado. Al mirarla vio que la manga estaba negra de sangre.

El policía se agachó para examinar a Kamp y gruñó:

—Sí, está muerto.

Luego se desplazó hasta el lugar en que yacía el hombre derribado por Steve sobre la alcantarilla.

—Desmayado —dijo el jefe de la policía mientras se incorporaba—. Pero se recuperará pronto. ¿Cómo has salido tú?

—Tengo un tajo en el brazo y algunas magulladuras, pero sobreviviré.

Fernie le sujetó el brazo herido.

—No sangra tanto —decidió—. Pero será mejor que vayas a que te lo curen. El doctor MacPhail vive un poco más arriba, en esta misma calle. ¿Podrás llegar, o prefieres que te lleve?

—Lo conseguiré. ¿Cómo sé dónde queda?

—Está dos manzanas más arriba y cuatro a la izquierda. No tiene pérdida: es la única casa de la ciudad con flores en la fachada. Me pondré en contacto contigo cuando te necesite.

## VI. LA CASA DE LAS FLORES

A Steve Threefall no le costó encontrar la casa del doctor MacPhail: un edificio de dos pisos apartado de la acera, escondido tras un jardín que se esforzaba por compensar la esterilidad general de Izzard con su abundancia floral. La valla quedaba escondida bajo un emparrado de clematis virginiana, recubierto en esa época de flores blancas, mientras que el estrecho camino de acceso serpenteaba entre rosas, lirios, amapolas, tulipanes y geranios como fantasmas en la oscuridad de la noche. La fragancia de las flores de luna, abiertas como platos y emparradas para cubrir el techo del porche del doctor, endulzaba el aire de la noche.

Apenas a dos pasos de distancia, Steve se detuvo y colocó una mano en el centro de su bastón. Desde un extremo del porche le había llegado el sonido de un roce que no había causado el viento, y en un punto entre las parras que poco antes parecía despejado, se veía ahora una mancha oscura, como si se hubiera asomado por allí una cabeza para mirarlo.

—¿Quién es...? —empezó a preguntar Steve, al tiempo que se tambaleaba hacia atrás.

Una figura había saltado desde las parras oscuras y se había lanzado hacia su pecho.

—Señor Threefall —gritaba la figura, con la voz de la chica de la oficina de telégrafos—, ¡hay alguien en la casa!

—¿Un ladrón, quieres decir? —preguntó como un estúpido, mientras miraba fijamente la carita blanca que, vuelta hacia arriba, lo observaba desde poco más allá de su barbilla.

—¡Sí! ¡Está arriba! ¡En la habitación del doctor MacPhail!

—¿Y el doctor está ahí?

—¡No, no! Él y la señora MacPhail todavía no han vuelto.

Para tranquilizarla, le dio unas palmaditas en el hombro, recubierto de terciopelo, pero como escogió el hombro más lejano se vio obligado a agarrarla por completo.

—Todo se arreglará —le prometió—. Tú quédate aquí, en la penumbra, y yo volveré en cuanto me haya ocupado de nuestro amigo.

—¡No, no! —Ella se aferró a su hombro con las dos manos—. Iré contigo. No me puedo quedar aquí sola. En cambio, contigo no tendré miedo.

Steve agachó la cabeza para mirarla a la cara y, al golpearse la barbilla con algún objeto de metal frío, se le cerró la boca con un chasquido. El metal frío era del cañón de un revólver grande, niquelado, que la mujer sostenía con una de las manos que había llevado a su hombro.

—A ver, dame eso —exclamó él— y te dejaré venir conmigo.

Ella le dio el arma y él se la metió en el bolsillo.

—Agárrate al faldón de mi chaqueta —ordenó—, quédate tan cerca de mí como puedas y si digo «al suelo» no te sueltes; te dejas caer al suelo y te quedas ahí.

Así, con la chica hablándole al oído para guiarlo, entraron por una puerta que ella había dejado abierta y subieron a la planta de arriba. A su derecha, cuando se detuvieron en el rellano superior de la escalera, sonó un roce cauteloso.

Steve bajó tanto la cara que se encontró el cabello de la mujer en los labios.

—¿Cómo se va a esa habitación? —susurró.

—Recto por el pasillo. Termina ahí.

Avanzaron de puntillas por el pasillo. Steve adelantó una mano para tocar el marco de la puerta.

—¡Al suelo! —susurró a la chica.

Los dedos soltaron su chaqueta. Abrió la puerta de golpe, entró de un salto y la cerró de un portazo. El óvalo negro de una cabeza destacaba en contraste con la luz gris de la ventana. Steve lanzó su bastón contra ella. La madera chocó con algo en lo alto, sonó el cristal al quebrarse y los fragmentos le cayeron encima. El óvalo ya no se veía recortado en la ventana. Giró hacia la izquierda y lanzó un brazo hacia el lugar del que procedía el ruido de alguien al moverse. Sus dedos encontraron un cuello: un cuello fino con la piel seca y quebradiza como un papel.

Recibió una patada en la espinilla, justo debajo de la rodilla. El cuello quebradizo se le escabulló de la mano. Quiso atraparlo de nuevo, pero los dedos, debilitados por la herida del antebrazo, no lo consiguieron. Soltó el bastón y lanzó la mano derecha en apoyo de la izquierda. La mano débil se había alejado del cuello quebradizo y allí ya no había nada que atrapar.

Una mancha deforme oscureció el centro de una ventana abierta y luego desapareció, acompañada por unos pasos quedos sobre el techo de la veranda trasera. Steve saltó hacia la ventana a tiempo para ver cómo se incorporaba el ladrón después de saltar al suelo desde el techo de la veranda y echaba a correr hacia la valla trasera de la casa, más bien baja. Había pasado ya una pierna al otro lado de la ventana cuando los brazos de la chica rodearon su cuello.

—¡No, no! —le suplicó—. ¡No me abandones aquí! ¡Deja que se escape!

—De acuerdo —dijo él, con reticencia.

Luego, se animó al recordar la pistola que le había confiscado a la chica. La sacó del bolsillo cuando la sombra fugitiva del patio llegaba ya a la valla; y cuando empezó a saltarla, con una mano apoyada en la parte superior, Steve apretó el gatillo. Sonó un chasquido. Volvió a disparar: otro chasquido. Seis chasquidos después, el ladrón había desaparecido en la noche.

Steve abrió el revólver en la oscuridad y pasó los dedos por la parte trasera del tambor: seis cámaras vacías.

—Enciende la luz —dijo en tono brusco.

## VII. RYMER, EL CIEGO

Cuando la chica obedeció, Steve caminó hacia el centro de la habitación y buscó en primer lugar su bastón de ébano. Después de recuperarlo, se encaró con la chica. Tenía los ojos negros de puro nerviosismo y la boca rodeada de arrugas de tensión. Mientras permanecían allí, mirándose a los ojos, una expresión de perplejidad se fue abriendo camino entre el terror de la muchacha. Él se dio media vuelta de golpe y paseó una mirada por la habitación.

Alguien había registrado la habitación minuciosamente, aunque no con manos expertas. Los cajones estaban abiertos y su contenido esparcido por el suelo; habían arrancado la ropa de cama, sacando las almohadas de sus fundas. Cerca de la puerta pendía retorcida una lámpara de pared: la obstrucción que había entorpecido su golpe de bastón. En el suelo, en el centro de la habitación, había un reloj de oro y media cadena. Los recogió y se los entregó a la chica.

—¿Son del doctor MacPhail?

Ella negó con un movimiento de cabeza y luego, tras examinarlos con más atención, contuvo un grito:

—¡Son del señor Rymer!

—¿Rymer? —repitió Steve.

Luego se acordó. Rymer era el ciego al que había conocido en el comedor de Finn, y a quien Kamp había pronosticado problemas.

—¡Sí! Ah, ya sé que le ha pasado algo.

Ella apoyó una mano en el brazo de Steve.

—¡Tenemos que ir a comprobarlo! Vive solo y si le ha pasado... —Se interrumpió y bajó la mirada hacia el brazo en el que se había apoyado—. ¡El brazo! ¡Estás herido!

—No es tanto como parece —dijo Steve—. He venido aquí por eso. Pero ya ha parado de sangrar. A lo mejor, cuando volvamos de casa de Rymer el doctor ya estará aquí.

Salieron de la casa por la puerta trasera y la chica lo llevó por una serie de calles oscuras y por descampados más oscuros todavía. Ninguno de los dos habló durante los cinco minutos que duró el trayecto. La chica caminaba tan deprisa que apenas le daba el aliento para conversar, mientras que Steve iba ocupado en pensamientos incómodos.

La cabaña del ciego estaba a oscuras cuando llegaron, pero la puerta delantera estaba abierta de par en par. Steve golpeó el marco con su bastón para llamar y luego encendió una cerilla. Rymer estaba en el suelo, tumbado boca arriba con los brazos abiertos.

Toda la cabaña estaba patas arriba. Los muebles volcados en una masa confusa, la ropa desparramada, algunos tablones del suelo arrancados. La chica se arrodilló junto al hombre inconsciente mientras Steve buscaba una luz. Al poco encontró una lámpara de aceite que había salido indemne y consiguió encenderla justo cuando los ojos velados de Rymer se abrían y el ciego empezaba a sentarse. Steve recolocó una mecedora tumbada y, con la colaboración de la chica, acompañaron al ciego hasta ella, donde se sentó boqueando. Había reconocido la voz de la chica desde el principio y le había dedicado una valiente sonrisa.

—Estoy bien, Nova —dijo—. No me han hecho daño. Ha llamado alguien a la puerta y al abrir he oído un zumbido junto a mi oído... Y no he sabido nada más hasta que al despertarme te he encontrado aquí.

Frunció el ceño, presa de una repentina ansiedad, se puso en pie y se movió por la habitación. Steve le apartó una silla y una mesa volcada y el ciego se arrodilló en un rincón, tanteando con torpeza bajo los tablones sueltos de la tarima del suelo. Sacó las manos vacías y se levantó, con los hombros caídos de puro cansancio.

—No está —dijo en voz baja.

Entonces Steve se acordó del reloj, lo sacó del bolsillo y se lo puso al hombre en la mano.

—Ha entrado un ladrón en casa —explicó la chica—. Cuando se ha ido, hemos encontrado esto en el suelo. Este es el señor Threefall.

El ciego tanteó en busca de la mano de Steve, la apretó y luego sus dedos flexibles acariciaron el reloj, con la cara iluminada de felicidad.

—Me alegro —dijo— de recuperar esto. Más de lo que sabría decir. Tampoco había tanto dinero: menos de trescientos dólares. No soy el Midas que dice la gente. Pero el reloj era de mi padre.

Se lo metió con cuidado por dentro del chaleco y luego, cuando la chica empezó a recoger la habitación, la regañó:

—Será mejor que te vayas a casa, Nova. Ya es tarde y yo estoy bien. Me voy a acostar y lo dejaré todo como está hasta mañana.

La chica remoloneó un poco, pero al rato ella y Steve caminaban de regreso hacia la casa de los MacPhail por las calles oscuras. Ahora no tenían prisa. Anduvieron dos manzanas en silencio; Steve iba mirando hacia delante, al espacio oscuro, sumido en pensamientos lúgubres. La chica, lo miraba a él con disimulo.

—¿Qué pasa? —le preguntó con cierta brusquedad.

Steve agachó la cabeza para dedicarle una sonrisa agradable.

—Nada. ¿Por qué?

—Sí que pasa algo —le discutió—. Estás pensando algo desagradable, y es algo que tiene que ver conmigo.

Él sacudió la cabeza para negar.

—Te equivocas. Te equivocas de entrada: esas dos afirmaciones no pueden ir juntas.

Pero ella no se iba a conformar con un cumplido.

—Estás... Estás... —Se quedó quieta en la penumbra de la calle mientras buscaba la palabra adecuada—. Estás en guardia. Desconfías de mí. ¡Eso es lo que pasa!

Steve volvió a sonreír, pero con los ojos entrecerrados. Podía ser que le hubiera leído la mente por pura intuición, pero también podía tratarse de algo distinto.

Probó con un poquito de la verdad.

—No es que desconfíe, solo tengo curiosidad. Sabes muy bien que me has dado un arma descargada para perseguir al ladrón, y que además no me has dejado ir tras él.

Con una centella en los ojos, ella se estiró hasta el último centímetro de su esbelto metro cincuenta.

—O sea que crees... —empezó, indignada. Luego se inclinó hacia él y le agarró las solapas de la chaqueta con las dos manos—. Por favor, por favor, tienes que creer que yo no sabía que el revólver estaba vacío. Era del doctor MacPhail. Lo he cogido al salir corriendo de la casa, ni se me ha ocurrido que pudiera estar descargado. Y lo de no dejarte perseguir al ladrón... Tenía miedo de volver a quedarme sola. Soy un poco cobarde. Yo... Yo... Por favor, créeme, Steve. Sé mi amigo. Necesito amigos. Yo...

La madurez la había abandonado. Suplicaba con una carita blanca propia de una cría de doce años: una niña sola y asustada. Y como las sospechas no capitulaban de inmediato ante sus encantos, Steve se sintió absurdamente desgraciado, dominado por una oscura vergüenza, como si careciera de alguna cualidad necesaria.

Ella siguió hablando con voz tan suave que él se veía obligado a agachar la cabeza para captar sus palabras. Le hablaba de sí misma como lo haría una chiquilla.

—¡Ha sido terrible! Vine hace tres meses porque había un puesto en la oficina de telégrafos. De repente me encontré sola en el mundo, con muy poco dinero y lo único que podía hacer para ganar algo era la telegrafía. ¡Lo he pasado fatal! La ciudad... No consigo acostumbrarme. Es tan inhóspita... No hay niños jugando en las calles. La gente es distinta de la que yo conocía: más cruda y brutal. Hasta las casas... Manzana tras manzana de casas sin cortinas en las ventanas, sin flores. No hay hierba en los patios, ni árboles.

»Pero me tuve que quedar, no tenía adónde ir. Pensé en quedarme hasta que pudiera ahorrar algo de dinero, lo justo para poderme ir. Pero ahorrar dinero lleva mucho tiempo. El jardín del doctor MacPhail ha sido como un trozo de paraíso para mí. Si no llega a ser por eso, creo que no hubiera podido... ¡Me habría vuelto loca! El doctor y su esposa han sido amables conmigo. Al principio era horrible. Los hombres me decían cosas y las mujeres también y cuando me entraba el miedo se creían que era una engreída. Larry, el señor Ormsby, me libró de eso. Consiguió que me dejaran en paz y convenció a los MacPhail para que me permitieran vivir con ellos. El señor Rymer también me ha ayudado y me ha dado coraje; pero en cuanto pierdo de vista su cara y dejo de oír su voz, lo vuelvo a perder.

»Me da miedo. ¡Todo me da miedo! ¡Especialmente Larry Ormsby! Y eso que me ha ayudado muchísimo. Pero no lo puedo evitar. Me da miedo... Su manera de mirarme, las cosas que me dice cuando ha bebido. Es como si dentro de él hubiera algo que espera algo. No debería decirlo porque tengo una deuda de gratitud con él. Pero... ¡tengo tanto miedo! Me dan miedo todas las personas, todas las casas, hasta las puertas me dan miedo. ¡Es una pesadilla!

Steve descubrió que tenía una mano en la mejilla de la mujer que no descansaba sobre su pecho y que el otro brazo la rodeaba por los hombros en un abrazo.

—Las ciudades nuevas siempre son así, o peores —empezó a decirle—. Tendrías que haber visto Hopewell, Virginia, cuando la estrenaron los Du Pont. Echar a los indeseables que llegan con la primera oleada lleva su tiempo. Y aquí, perdida en el desierto, Izzard está condenada a que le vaya un poquito peor que a cualquier otra ciudad nueva. En cuanto a mi amistad contigo... Por eso me quedé en vez de volver a Whitetufts. Seremos grandes amigos. Seremos...

Nunca supo cuánto había hablado, ni qué había dicho; aunque más adelante supuso que había soltado un discurso muy vacío y estúpido. Pero no hablaba con la intención de decir algo;



hablaba por calmar a la chica, por mantener su carita entre la mano y el pecho y su cuerpo pequeño cerca del suyo durante el mayor tiempo posible.

Así que habló y habló y habló...

## VIII. UN PAR DE AMENAZAS

Los MacPhail, que estaban ya en casa cuando Nova Vallance y Steve entraron de nuevo por el patio florido, dieron la bienvenida a la chica con un alivio evidente. El doctor era un hombre bajo con una cabeza calva y redonda y una cara jovial y redonda, brillante y rosada, salvo por un bigote trigüeño que le caía encima de la boca. La mujer sería unos diez años más joven que él, una rubia delgada con mucho de felina en la disposición de sus ojos azules y en la ágil elegancia de sus movimientos.

—Se ha estropeado el coche cuando estábamos a más de treinta kilómetros —explicó el doctor, con una dulce voz de trueno que emitía un leve zumbido para acompañar la pronunciación de las erres—. He tenido que hacerle una reparación en serio para poder arrancar de nuevo. Al llegar hemos visto que no estabas y ahora estábamos a punto de despertar a toda la ciudad.

La chica presentó a Steve y los MacPhail y luego les contó lo del ladrón y les explicó lo que habían visto en la cabaña del ciego.

El doctor MacPhail sacudió su cabeza redonda y pelada y chasqueó la lengua.

—Me da la impresión de que Fernie no hace todo lo que podría para que las cosas se calmen en Izzard —dijo.

Entonces la chica recordó el brazo herido de Steve y el doctor se lo examinó, lo lavó y le puso un vendaje.

—No hace falta que lo lleves en cabestrillo —le dijo—, siempre y cuando lo cuides razonablemente. El corte no es profundo y por suerte ha pasado entre el supinator longus y el gran palmar sin lesionar ninguno de los dos. ¿Te lo ha hecho nuestro ladrón?

—No. Ha sido en la calle. Iba caminando hacia el hotel con un hombre llamado Kamp y nos han asaltado. A Kamp lo han matado. A mí me han hecho esto.

En algún lugar de la calle, un reloj asmático daba las tres cuando Steve salió por la puerta delantera de los MacPhail y se encaminó de nuevo hacia el hotel. Cansado, con todos los músculos doloridos, caminaba cerca del bordillo. «Si pasa algo más esta noche —pensó—, huiré como alma que lleva el diablo. Para una sola noche, ya he tenido bastante».

En el primer cruce tuvo que detenerse para ceder el paso a un coche que iba rápido. Al pasar, lo reconoció: el Vauxhall de Larry Ormsby, de color crema. Tras él pasaron cinco camiones grandes, a una velocidad que hacía pensar en motores trucados. Con el rugido de los motores, entre una nube de polvo y un temblor de ventanillas, la caravana desapareció hacia el desierto.

Steve siguió andando hacia el hotel mientras pensaba. Sabía que la fábrica funcionaba veinticuatro horas al día; sin embargo, estaba seguro de que la fabricación de nitratos no justificaba aquella necesidad de trucar la velocidad de los camiones, suponiendo que efectivamente fueran de la fábrica. Tomó la calle Main y se encontró con una nueva sorpresa. El Vauxhall crema estaba parado cerca de la esquina, con su dueño al volante. Cuando Steve se acercó, Larry Ormsby abrió la puerta que le quedaba más cerca y lo invitó a montar con un ademán.

Steve detuvo el paso y se quedó junto a la puerta.

—Suba y lo llevo hasta el hotel.

—Gracias.

Steve miró con perplejidad el rostro bello e imprudente y luego hacia el hotel, apenas iluminado, a tan solo dos manzanas. Después volvió a mirar al hombre y se sentó en el automóvil junto a él.

—Dicen que se ha convertido en un elemento más o menos permanente entre nosotros —dijo Ormsby mientras ofrecía un cigarrillo a Steve con su pitillera de cuero lacado y apagaba el motor.

—Un tiempo. —Steve rechazó los cigarrillos, sacó su tabaco y papel del bolsillo y añadió—. Hay cosas que me gustan de este sitio.

—También dicen que esta noche ha tenido un poco de jaleo.

—Un poco —admitió Steve, preguntándose si se refería a la pelea que había causado la muerte de Kamp, al robo en casa de los MacPhail, o a ambas cosas.

—Si sigue a este paso —dijo el hijo del dueño de la fábrica—, no le costará mucho tiempo robarme el título de luminaria de Izzard.

Steve sintió en el cogote el cosquilleo de los nervios al tensarse. Las palabras y el tono de Larry Ormsby parecían tranquilos, pero por debajo había una insinuación de que no carecían de propósito, de que buscaban algo bien concreto. No parecía probable que hubiera dado aquella vuelta para interceptar el camino de Steve con la única intención de intercambiar con él un parloteo sin sentido. Mientras se encendía un cigarrillo, Steve sonrió y esperó.

—Lo único que me ha pasado mi viejo, aparte de dinero —decía Larry Ormsby— es un sentido de la propiedad muy profundo que me une a lo que poseo. Soy uno de esos ciudadanos que insisten en que sus propiedades son suyas y deben seguir siéndolo. No sé exactamente cómo debo sentirme cuando viene alguien de fuera y se convierte en oveja negra destacada de mi ciudad en dos días. Una reputación, aunque sea de insensato, es una propiedad; y no me parece que deba renunciar a ella, ni a ningún otro derecho propio, sin plantar batalla.

Ya estaba. La mente de Steve se aclaró. No le gustaban las sutilezas. Pero ahora ya sabía de qué iba aquella conversación. Le estaba avisando que se alejara de Nova Vallance.

—Una vez conocí a un tipo en Onehunga —dijo, arrastrando las sílabas— que creía ser el dueño de todo el Pacífico al sur del Trópico de Capricornio y tenía papeles que lo demostraban. Estaba así desde que un maorí le había aplastado la cabeza con un mele de piedra. Solía acusarnos de sacar de su océano el agua potable. —Larry Ormsby tiró su cigarrillo a la calle y arrancó el coche—. Pero el caso —dijo con una sonrisa agradable— es que uno se siente empujado a proteger lo que cree poseer. Puede equivocarse, claro, pero eso no tiene por qué afectar al... eh, al vigor de sus esfuerzos por protegerlo.

Steve sintió crecer el calor y la rabia que sentía.

—Puede que tenga razón —dijo lentamente, con el propósito deliberado de convertir aquella situación entre ellos dos en una crisis—, aunque no he tenido la suficiente experiencia con una propiedad para saber cómo me sentiría si me la quitaran. Pero vamos a suponer que tuviera un... Bueno, digamos que un chaleco blanco que tuviera mucho valor para mí. Y supongamos que alguien me diera una bofetada en la cara y amenazara con cargarse mi chaleco. Creo que con las prisas por pelearme con esa persona, me olvidaría de proteger el chaleco.

Larry soltó una risa aguda.

Steve atrapó la muñeca que ya ascendía a toda prisa y la sujetó junto al costado de Ormsby con una mano que, de tanto darle vueltas al pesado bastón, tenía una musculatura de acero.

—Tranquilo —dijo, mirando aquellos ojos entrecerrados y bailones—. Tranquilo.

Los dientes blancos de Larry Ormsby brillaron bajo el bigote.

—De acuerdo —sonrió—. Si me suelta la muñeca, me gustaría darle la mano. Es una especie de gesto prebélico. Usted me cae bien, Threefall; será un añadido a los placeres de Izzard.

En su habitación de la tercera planta del hotel Izzard, Steve Threefall se desnudó lentamente, obstaculizado por la rigidez del brazo izquierdo y la abundancia de pensamientos. Tenía mucho material para pensar. Larry Ormsby abofeteando a su padre y amenazándolo con la automática; Larry Ormsby y la chica en conversación íntima; Kamp, muerto en una calle oscura, sus últimas palabras perdidas entre el ruido de la llegada del policía; el revólver vacío que le había dado Nova Vallance, para luego convencerlo de que dejara escapar al ladrón; el reloj en el suelo y el robo de los ahorros del ciego; la caravana encabezada por Larry Ormsby hacia el desierto; la conversación en el Vauxhall, con su intercambio de amenazas.

¿Había alguna conexión entre todas esas cosas? ¿O eran simplemente sucesos inconexos? Si había alguna conexión —y toda esa condición propia de lo humano que tiende a simplificar los fenómenos de la vida y unificarlos le instaba a creer que sí la había—, ¿cuál era? Perplejo todavía, se metió en la cama; enseguida salió de nuevo. Un desasosiego que apenas había sido una vaga sensación hasta ese momento, se coló de pronto en su conciencia. Fue hasta la puerta, la abrió y la cerró. Era una puerta de madera barata, pero se movía con suavidad y en silencio gracias a sus bisagras, bien engrasadas.

—Será que me estoy convirtiendo en una viejecita —gruñó para sí—, pero por esta noche ya tengo suficiente.

Trabó la puerta con la cómoda, dejó el bastón al alcance de la mano, se acostó de nuevo y se durmió.

## IX. ¿Y QUÉ MÁS?

Una llamada a la puerta despertó a Steve a las nueve de la mañana siguiente. El que llamaba era un subordinado de Fernie, y anunció a Steve que se requería su presencia en el plazo de una hora para participar en la investigación sobre la muerte de Kamp. Steve notó que le molestaba un poco la herida del brazo, aunque no tanto como una zona magullada del hombro: otro recuerdo de la pelea callejera.

Se vistió, desayunó en la cafetería del hotel y se dirigió al salón de pompas fúnebres de Ross Amthor, donde se estaba llevando a cabo la investigación.

El juez era un tipo alto, de hombros estrechos y rostro inflado y macilento que avanzaba en el proceso sin tener demasiado en cuenta los detalles menores de los tecnicismos legales. Steve contó su historia; el jefe de la policía contó la suya y luego presentó un detenido: un austríaco relleno que al parecer ni hablaba inglés ni lo entendía. Tenía el cuello y la parte inferior de la cara cubiertos por vendas blancas.

—¿Es esta la persona que derribó? —preguntó el fiscal.

Steve miró lo poco que podía verse de la cara del austríaco por encima de las vendas.

—No lo sé. No veo lo suficiente.

—Es el que recogí de la alcantarilla —apuntó Grant Fernie—, fueras tú o no quien lo tumbó.

Supongo que no pudiste verlo bien. Pero sí que es él.

Sumido en dudas, Steve frunció el ceño.

—Lo reconocería —dijo—, si levantase la cara y me dejara mirarlo bien.

—Quítale parte de las vendas para que el testigo pueda verlo —ordenó el juez.

Fernie deshizo el vendaje del austríaco y reveló una mandíbula magullada e inflada.

Steve se quedó mirando a aquel hombre. Quizá fuera uno de los asaltantes, pero casi con toda certeza no era el que él mismo había tumbado en la pelea callejera. Dudó. ¿Podía ser que, en el fragor de la batalla, hubiera confundido las caras?

—¿Lo reconoce? —preguntó con impaciencia el juez.

Steve sacudió la cabeza.

—No recuerdo haberlo visto nunca.

—Mire, Threefall —se dirigió a él con el ceño fruncido el gigantón—, este es el hombre al que saqué yo mismo de la alcantarilla, uno de los que usted dijo que le habían asaltado cuando iba con Kamp. ¿A qué estamos jugando? ¿A qué viene este olvido?

Steve respondió con lentitud, tercamente.

—No sé. Solo sé que este no es el primero que golpeé, el que dejé tumbado. Era norteamericano, tenía cara de norteamericano. Era más o menos de la misma estatura que este, pero no es él.

El juez mostró sus dientes amarillos y resquebrajados al gruñir, el jefe de la policía fulminó a Steve con la mirada y los miembros del jurado lo escrutaron con franca suspicacia. El policía y el juez se retiraron a un rincón alejado de la sala e intercambiaron unos cuantos susurros, con frecuentes miradas a Steve.

—De acuerdo —dijo el juez a Steve una vez terminado el intercambio—. Es todo.

Al abandonar la sesión, Steve regresó hacia el hotel caminado lentamente, con la mente desconcertada por aquel añadido a los misterios de Izzard. ¿Cómo se explicaba el hecho indudable de que el policía presentara en la investigación un tipo distinto del que había encontrado en la alcantarilla la noche anterior? Otra idea: el policía se había presentado justo al terminar la pelea con los hombres que lo habían atacado a él y a Kamp y encima había llegado con el ruido suficiente para ahogar las últimas palabras del moribundo. Su llegada oportuna y el ruido que lo había acompañado... ¿habían sido casuales? Steve no lo sabía; y como no lo sabía, regresó al hotel meditando con el ceño fruncido.

Al entrar en el hotel se encontró con que había llegado su bolso desde Whitetufts. Se lo llevó a su habitación y se cambió de ropa. Luego se acercó con su perplejidad a la ventana, donde se sentó a fumar un cigarrillo tras otro con la mirada perdida en el callejón que se veía abajo, la frente arrugada bajo el pelo trigueño. ¿Podía ser que explotaran tantas cosas en torno a un hombre en tan poco tiempo, en una ciudad pequeña como Izzard, sin que hubiera una conexión entre ellas? ¿Y sin algo que las conectara a él? Y si se había metido en un laberinto perverso de crimen e intriga, ¿en qué consistía? ¿Cómo había empezado? ¿Cuál era la clave? ¿La chica?

Los pensamientos confusos lo abandonaron de golpe. Se puso en pie de un salto.

Por el otro lado del callejón avanzaba un hombre: un tipo relleno, con un sucio traje azul, un hombre con el cuello y el mentón vendados. La parte visible de su cara era la misma que Steve había visto en la pelea, mirando al cielo: la cara del hombre al que había noqueado.

Steve saltó hacia la puerta, abandonó la habitación, bajó tres tramos de escalones, pasó por delante de la recepción y salió por la puerta trasera del hotel. Llegó al callejón a tiempo para ver cómo una pierna enfundada en un pantalón azul desaparecía por un portal de la manzana siguiente. Hacia allí se fue.

El portal pertenecía a un edificio de oficinas. Buscó en los pasillos, en la planta baja y en el piso superior, sin encontrar al hombre de la venda. Regresó a la planta baja y descubrió un rincón cubierto cerca de la puerta trasera, junto al pie de la escalera. Quedaba resguardado de los escalones y de casi todo el pasillo por un armario de madera en el que se guardaban escobas y

mopas. El hombre había entrado por la puerta trasera del edificio; era probable que saliera también por allí. Steve esperó.

Pasó quince minutos sin ver a nadie desde su escondrijo. Entonces, de la parte delantera del edificio le llegó la suave risa de una mujer y unos pasos que se desplazaban hacia él. Se encogió más todavía en su rincón oscuro. Los pasos siguieron hacia delante: un hombre y una mujer que reían y conversaban mientras iban caminando. Subieron las escaleras. Steve les echó un vistazo y luego se echó hacia atrás de golpe, más por la sorpresa que por temor a que lo descubrieran, pues cada uno de aquellos dos iba concentrado por completo en el otro.

El hombre era Eider, el representante de seguros y agente inmobiliario.

Steve no le había visto la cara, pero el traje de cuadros con que cubría su figura rellena era inconfundible. «Uniforme escolar», lo había llamado Kamp. Eider rodeaba con su brazo la cintura de la mujer mientras subían por la escalera y ella se apoyaba en su hombro para mirarlo a la cara con expresión coqueta. La mujer era la felina esposa del doctor MacPhail.

«¿Y qué más? —se preguntó Steve, cuando desaparecieron de su vista—. ¿Estará podrida toda la ciudad? ¿Qué más va a pasar?».

Obtuvo respuesta de inmediato: por encima de su cabeza empezaron a resonar unos pasos alocados, unos pasos que podían pertenecer a un borracho, o a un hombre empeñado en luchar con un fantasma. Por encima del ruido de los tacones contra el suelo de madera se alzó un grito, un aullido en el que el horror y el dolor se mezclaban para componer un sonido que, precisamente por su origen inconfundiblemente humano, resultaba sobrenatural.

Steve salió disparado de su rincón, subió los escalones de tres en tres, se agarró al último pilar de la barandilla para pivotar y salir disparado hacia el pasillo del piso superior y se encontró cara a cara con David Brackett, el banquero.

Brackett tenía los pies muy separados y se balanceaba sobre ellos. Por encima de la barba, reinaba en su rostro una pálida agonía. Tenía grandes clapas en la barba, como si le hubieran arrancado pelos a pellizcos, o se los hubieran quemado. De sus labios apretados salían finas volutas de vapor.

—Me han envenenado, maldita sea.

De pronto se puso de puntillas, con todo el cuerpo arqueado, y cayó hacia atrás con rigidez, como suelen caer las cosas muertas.

Steve hincó una rodilla en el suelo, a su lado, pero sabía que ya no se podía hacer nada; sabía que Brackett había muerto cuando todavía estaba en pie. Durante un momento, mientras permanecía acuclillado junto al muerto, algo parecido al pánico se apoderó de la mente de Steve Threefall, incapaz de razonar. ¿Acaso nunca iban a parar de amontonarse muerte sobre muerte, violencia tras violencia? Tuvo la sensación de estar atrapado en una red monstruosa, una red sin principio ni final, con las intersecciones pegajosas de sangre. La náusea —física y espiritual— se apoderó de él y lo dejó impotente. Entonces sonó un disparo.

Se puso en pie de un salto y echó a correr por el pasillo en dirección a aquel sonido; buscaba librarse del mareo que acababa de invadirlo en un frenesí de actividad física.

Al final del pasillo lucía en una puerta un cartel con el emblema:

COMPAÑÍA DE NITRATOS ORMSBY

W. W. Ormsby, presidente

No había duda alguna de que el disparo había sonado al otro lado de aquel cartel. Justo cuando se lanzaba hacia allí, otro disparo hizo temblar la puerta y un cuerpo la golpeó por dentro al caer.

Steve abrió la puerta de golpe y saltó a un lado para no pisar al hombre que acababa de desplomarse en el interior. Dentro, junto a la ventana, Larry Ormsby permanecía de cara a la puerta, con una automática negra en la mano. Sus ojos bailaban de pura alegría y su boca se curvó en un sonrisa de labios apretados.

—Hola, Threefall —le dijo—. Ya veo que sigue cerca del centro de todas las tormentas.

Steve bajó la mirada hacia el hombre del suelo: W. W. Ormsby. Había dos agujeros de bala en el bolsillo superior izquierdo de su chaleco. Los agujeros, separados apenas por un par de centímetros, estaban ubicados con tal precisión que no quedaba espacio para la duda acerca de si el hombre estaría muerto o no. Steve recordó la amenaza de Larry a su padre: «¡Te arruinaré el chaleco!».

Alzó la mirada, del muerto al asesino. Los ojos de Larry Ormsby eran duros y brillantes; su mano sostenía la pistola con ligereza, con esa atención relajada propia de los pistoleros profesionales.

—Esto no es una... eh..., una cuestión personal, ¿verdad? —preguntó Ormsby.

Steve negó con un movimiento de cabeza; luego oyó ruido de pasos y una confusión de voces agitadas por detrás de él, en el pasillo.

—Así me gusta —decía el asesino—. Y le sugiero que...

Se calló al ver que entraban unos cuantos hombres en la oficina. Grant Fernie, el jefe de la policía, era uno de ellos.

—¿Muerto? —preguntó con una mirada hacia el hombre del suelo.

—Más bien sí —respondió Larry.

—¿Y eso?

Larry Ormsby se humedeció los labios en un gesto más pensativo que nervioso. Luego dedicó una sonrisa a Steve y contó su historia.

—Threefall y yo estábamos abajo, cerca de la puerta de la calle, hablando, y hemos oído un disparo. A mí me parecía que lo habían disparado aquí, pero él creía que venía del otro lado de la calle. En cualquier caso, hemos subido para asegurarnos y antes hemos apostado: así que Threefall me debe un dólar. Al subir, justo cuando llegábamos a la cabecera de las escaleras, hemos oído otro disparo y ha aparecido Brackett, que salía de aquí corriendo con esta pistola en la mano. —Entregó la pistola al jefe de la policía y siguió hablando—: Ha dado unos pocos pasos desde la puerta, ha soltado un grito y ha caído. ¿Lo han visto, ahí fuera?

—Sí —contestó Fernie.

—Bueno, pues Threefall se ha quedado mirándolo mientras yo entraba aquí para ver si mi padre estaba bien y me lo he encontrado muerto. No hay nada más que contar.

## X. ¡SE TIENEN QUE IR!

Steve bajó despacio a la calle una vez disuelta la reunión en la oficina del muerto, sin haber discutido, ni corroborado, la invención de Larry Ormsby. Nadie le había preguntado. Al principio se había quedado demasiado perplejo por el atrevimiento del asesino para decir nada; luego, cuando al fin había recuperado las luces, había decidido morderse la lengua por un tiempo.

¿Y si hubiese contado la verdad? ¿Habría ayudado a la justicia? ¿Acaso había algo que pudiese ayudar a la justicia en Izzard? Si hubiera sabido qué se escondía tras aquel amontonamiento de crímenes, podría haber decidido qué hacer. En cambio, de momento ni siquiera le constaba que se escondiera algo. Por eso había guardado silencio. La investigación judicial no empezaría hasta el día siguiente: ya llegaría entonces el momento de hablar, tras consultarlo con la almohada.

En aquel momento no se veía capaz de encajar más que cada fragmento a su debido tiempo; los recuerdos inconexos le generaban un torbellino de imágenes carentes de significado en el cerebro. Eider y la señora MacPhail subiendo la escalera para ir... ¿adónde? ¿Y qué se había hecho de ellos? ¿Qué se había hecho del hombre con el cuello y la mandíbula vendados? ¿Había matado Larry también al banquero, además de a su padre? ¿A qué se debía la casualidad de que el jefe de la policía apareciese en el escenario inmediatamente después de cometerse un asesinato?

Steve se fue al hotel con sus pensamientos aturullados, y se tumbó, cruzado en la cama, para descansar más o menos una hora. Luego se levantó, fue al banco de Izzard, sacó todo el dinero que tenía ingresado, se lo metió con cuidado en el bolsillo y regresó al hotel para cruzarse de nuevo en la cama.

Al atardecer, cuando Steve pasó por delante del camino florido del porche de los MacPhail, Nova Vallance estaba sentada en el primer escalón, una imagen nebulosa con su vestido de crepé amarillo. Le dio una cálida bienvenida y no se esforzó por disimular que lo había esperado con impaciencia. Él se sentó junto a ella en el escalón y ladeó un poco el cuerpo para ver mejor el penumbroso óvalo de su rostro.

—¿Cómo va el brazo? —preguntó ella.

—¡Bien! —Steve abrió y cerró vigorosamente la mano izquierda—. Supongo que te habrás enterado de todo el jaleo de hoy, ¿no?

—Ah, sí. Lo de que el señor Brackett ha matado al señor Ormsby y luego ha muerto por uno de esos infartos que le dan.

—¿Eh? —interrogó Steve.

—Pero... ¿Tú no estabas allí? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí, pero prefiero que me cuentes tú lo que has oído.

—¡He oído cosas muy distintas! Pero lo único que sé de verdad es lo que ha dicho el doctor MacPhail, que ha examinado los dos cadáveres.

—¿Y qué ha dicho?

—Que el señor Brackett ha matado al señor Ormsby de un disparo, aunque parece que nadie sabe por qué. Y luego, cuando aún no había salido del edificio, le ha dado un ataque al corazón y se ha muerto.

—¿Y se supone que tenía problemas de corazón?

—Sí. El doctor MacPhail le dijo hace un año que tuviera cuidado, que cualquier excitación podía resultar fatal.

Steve le agarró una muñeca.

—Ahora, piensa —ordenó—. ¿Habías oído alguna vez al doctor MacPhail hablar de los problemas de corazón de Brackett antes?

Ella lo miró a la cara con curiosidad y luego se le instaló entre los ojos una pequeña mueca de perplejidad.

—No —respondió lentamente—. Creo que no; aunque, claro, nunca hubo una razón para mencionarlo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque —respondió Steve— Brackett no ha matado a Ormsby; y si un ataque al corazón ha matado a Brackett habrá sido por envenenamiento... Algún veneno que le quemaba la cara y la barba.

Ella soltó un gritito de terror.

—¿Crees que...? —Se detuvo, echó una mirada furtiva por encima del hombro hacia la puerta de la casa y se acercó más a él para susurrar—. ¿Verdad...? ¿Verdad que dijiste que el hombre que murió en la pelea de anoche se llamaba Kamp?

—Sí.

—Bueno, en el informe, o como se llame lo que ha escrito el doctor MacPhail después de examinarlo, pone Henry Cumberpatch.

—¿Estás segura? ¿Estás segura de que es el mismo hombre?

—Sí. Se ha caído de la mesa del doctor, soplado por el viento, y cuando se lo he devuelto me ha hecho una broma. —Ilustró sus palabras con una risilla—. Una broma sobre que podía haber sido, por poco, tu certificado de defunción, en vez del de tu compañero. Entonces le he echado un vistazo y he visto que correspondía a un hombre llamado Henry Cumberpatch. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué está...?

Se abrió la puerta delantera con mucho ruido y salió un hombre tambaleándose a la acera. Steve se levantó, cogió su bastón negro y se interpuso entre la chica y el hombre que avanzaba. La cara del hombre salió de la zona oscura. Era Larry Ormsby; y la torpeza de borracho que había en sus palabras cuando al fin habló se correspondía con la inestabilidad de su caminar, aunque no llegara a trastabillar.

—Oigan —dijo—. Estoy a punto...

Steve se acercó a él.

—Si la señorita Vallance nos disculpa —dijo—, andaremos hacia la puerta para hablar un poco.

Sin esperar respuesta de ninguno de los dos, Steve enlazó su brazo con el de Ormsby y lo instó a avanzar por el camino. Al llegar a la puerta, Larry se apartó, liberó su brazo y se encaró con Steve.

—No hay tiempo para tonterías —gruñó—. ¡Se tienen que ir! ¡Lárguense de Izzard!

—¿Sí? —preguntó Steve—. ¿Por qué?

Larry se recostó en la valla y alzó una mano con impaciencia.

—Sus vidas no valen ni un centavo. Ninguna de las dos.

Se tambaleó y empezó a toser. Steve lo agarró por un hombro y lo miró con fijeza a la cara.

—¿Qué le pasa?

Larry volvió a toser y se llevó una mano al pecho, cerca del hombro.

—Una bala... Arriba. De Fernie. Pero le he dado... Qué gran cabrón. Ha caído por la ventana... Como un crío que se lanza por un penique. —Soltó una risa estridente y luego se puso serio de nuevo—. Coja a la chica... ¡y váyase! ¡Pronto! ¡Ahora! Dentro de diez minutos ya será tarde. Van a venir.

—¿Quién? ¿Qué? —soltó Steve—. ¡Hable claro! No me fío de usted. Necesito alguna razón.

—¿Razones? ¡Por Dios! —exclamó el herido—. Ya tendrá sus razones. Usted cree que intento asustarlo para que abandone la ciudad antes de que empiece la investigación. —Se rio como un loco—. ¡Investigación! ¡Qué estúpido! ¡No habrá ninguna investigación! ¡No habrá un mañana para Izzard! Y usted... —Se puso tieso bruscamente y cogió una mano de Steve entre las suyas—. Oiga —le dijo—. Yo se las daré. ¡Pero estamos perdiendo el tiempo! Bueno, si hay que dárselas...



## XI. EL ALMA DESNUDA DE IZZARD

—¡Izzard es una tapadera! Toda esta maldita ciudad es un bicho raro. Alcohol: esa es la respuesta. El tipo al que me he cargado esta tarde, el que usted creía que era mi padre, fue el inventor de la treta. El nitrato de sodio se consigue hirviendo nitrato en tanques con bobinas calientes. A él se le ocurrió que una planta de procesamiento de nitratos sería una buena tapadera para una destilería ilegal. Y se le ocurrió la idea de que si pones a toda una ciudad a trabajar en la misma dirección es imposible que el juego se detenga en ningún momento.

»Ya puede imaginarse cuánto dinero circula en este país en manos de hombres que estarían encantados de invertirlo en una fábrica de alcohol indetectable. No solo maleantes, quiero decir, sino también hombres que se consideran honestos. Imagínese una cifra, la que sea, y luego multiplíquela por dos y todavía estará alejado de la respuesta verdadera por unos cuantos millones de dólares. Hay hombres que... Bueno, el caso es que Ormsby se trajo su estratagema al este y consiguió buenos apoyos: un accionariado capaz de reunir dinero suficiente para construir una docena de ciudades.

»Ormsby, Eider y Brackett eran los chicos que manejaban la partida. Yo tenía la misión de asegurarme de que no engañaran a los accionistas; luego, hay una manada de lugartenientes fiables: como Fernie, MacPhail, Hernán —el jefe de correos— y Harker —otro médico que se las cargó la semana pasada— y también Leslie, que se hace pasar por rector de la iglesia. No hubo ningún problema para conseguir la población que queríamos. Corrió la voz de que la ciudad nueva era un lugar en el que cualquier maleante estaría a salvo siempre que hiciera lo que se le decía. Las barracas de todas las ciudades de Estados Unidos, y la mitad del extranjero, se vaciaron. Todos los maleantes que vivían con la pasma en sus talones y eran capaces de pagarse el billete de autocar, aparecieron por aquí y encontraron cobertura.

»Claro, con todos los delincuentes del mundo traídos aquí por el viento, empezaron a aparecer también los sabuesos; pero no nos costaba manejarlos y, en el peor de los casos, siempre podíamos permitir que la ley se hiciera cargo de algún hombre de vez en cuando. Sin embargo, por lo general no nos costaba demasiado ocuparnos de los detectives. Tenemos bancos, rectores y médicos, y jefes de correos y hombres prominentes de toda clase, tanto para liar a los sabuesos con falsas pistas como para, si es necesario, colgarles una falsa acusación. En la cárcel del estado encontrará gente que llegó aquí —en la mayor parte de casos, como agentes de narcóticos, o vigilantes de la ley seca— y se metieron en un lío antes de darse cuenta de lo que estaba pasando.

»¡Dios! ¡Nunca ha habido una apuesta como esta! No podía fallar, salvo que nosotros mismos la estropeásemos. Y eso hemos hecho. ¡Nos quedaba grande! Había demasiado dinero y... ¡Se nos subió a la cabeza! Al principio éramos legales con los propietarios. Hacíamos el alcohol y lo sacábamos de aquí: salía en coches cargados hasta arriba, en camiones, solo nos faltaba sacarlo con tuberías; y ganábamos dinero para los propietarios y para nosotros. Entonces se nos ocurrió la verdadera idea... ¡la más grande! Seguíamos haciendo aguardiente, pero se nos ocurrió una gran idea para nuestro propio beneficio. Los propietarios ni se enteraron de eso.

»Primero, pusimos en marcha el fraude del seguro. De eso se encargó Eider con tres o cuatro ayudantes. Entre ellos se hicieron agentes de seguros de la mitad de compañías del país y luego empezaron a empapelar Izzard con pólizas. Hombres que nunca habían vivido pasaban exámenes médicos, contrataban un seguro y después eran asesinados: a veces los asesinaban sobre el papel, a veces sustituían a algún hombre que hubiera muerto de verdad, y también en alguna ocasión había que matar a uno o dos hombres a discreción. ¡Todo sobre ruedas! Teníamos los agentes de seguros,

los médicos, el juez, el enterrador y todos los oficiales de la ciudad. Teníamos la maquinaria suficiente para forzar cualquier acuerdo que nos interesara. Usted estaba con Kamp la noche en que lo mataron. Esa sí era buena. Él era el detective de una compañía de seguros: ya empezaban a sospechar. Vino y fue tan inocente que se fio del correo para enviar sus informes. No hay muchas cartas de extraños que pasen por la oficina de correos sin que alguien las lea. Leímos sus informes, nos los quedamos y los sustituimos por otros falsos. Luego nos cargamos al señor Kamp y le cambiamos el nombre en los papeles para que cuadrara con una póliza de la misma agencia para la que trabajaba. Qué broma tan retorcida, ¿no?

»El fraude de los seguros no se limitaba a las personas: coches, casas, muebles, todo lo que fuera susceptible de figurar en un seguro entraba en la artimaña. En el último censo, repartiendo a los individuos con cuya complicidad podíamos contar, uno por casa, una lista que ellos rellenaban con cinco o seis nombres, conseguimos censar una población que al menos quintuplicaba la real. Eso nos concedía espacio para un montón de pólizas, un montón de muertos, un montón de propiedades aseguradas, un montón de todo. Nos granjeó tanta influencia política en el condado y en el estado que nuestra jugada se vio reforzada al cien por cien y la partida se volvió más segura.

»Encontrarás una manzana tras otra de casas en las que, más allá de lo que se ve en las ventanas de la fachada delantera, no hay nada. Costó dinero levantarlas, pero lo íbamos ganando mientras tanto y, cuando llegue la hora de recogerlo todo, darán unos beneficios maravillosos.

»Luego, una vez armado el fraude de los seguros, empezamos el juego de la promoción. En Izzard hay cientos de empresas que no son más que una dirección en un membrete, pero se han vendido a su nombre acciones y bonos canjeables de un extremo a otro de Estados Unidos. Y han comprado bienes, previo pago, para luego enviarlos a donde fuera con tal de deshacerse de ellos, aunque fuera perdiendo dinero, y han vuelto a hacer pedidos cada vez mayores hasta alcanzar con los proveedores una deuda cuya suma le parecería mareante. ¡Fácil! ¿No ve que disponían del banco de Brackett para darles cualquier referencia financiera que necesitaran? No tenía ninguna dificultad: ir aumentando la deuda cuidadosamente hasta llegar al punto más alto posible. Luego, malvender toda la mercancía y... ¡bingo! Un incendio quema toda la ciudad. Se supone que las mercancías se han quemado; los caros edificios de los que se habló a los inversores de fuera están supuestamente destrozados; los libros, los registros, todo quemado.

»¡Qué gran golpe! A mí me ha costado un montón mantener a raya a los propietarios, intentar mantenerlos ajenos a la sorpresa que les íbamos a dar. Demasiado suspicaces están para alargarlo más todavía. Pero ahora ya está todo maduro para el golpe final: el incendio que se declarará en la fábrica y arrasará toda esta sucia ciudad. El día elegido es el próximo sábado. Ese día, Izzard se convertirá en poco más que un montón de cenizas; y un montón de pólizas de seguro listas para el cobro.

»El pueblo llano no sabrá nada de los detalles del montaje. Los que sospechan algo cogen el dinero y guardan silencio. Cuando la ciudad empieza a echar humo se encontrarán cientos de muertos entre las ruinas, cada uno con su seguro, y se demostrará la muerte de otros cientos, también asegurados, cuyos cuerpos no van a aparecer.

»¡Nunca ha habido una apuesta igual! Solo que nos quedó grande. En parte, por mi culpa; pero hubiera estallado de todos modos. Siempre liquidábamos a cualquiera que llegase a la ciudad con pinta de ser demasiado honesto o demasiado listo, y si alguien manifestaba alguna duda nos asegurábamos doblemente de que no pisara la oficina de correos, la estación del tren, la oficina de telégrafos o el locutorio. Si la compañía ferroviaria, la telefónica o la de telégrafos, enviaban a alguien nuevo a trabajar aquí y no conseguíamos que viera las cosas como nosotros queríamos, nos las arreglábamos para convertirle la ciudad en un sitio desagradable, y generalmente huía a toda prisa.

»Entonces la compañía de telégrafos envió a Nova y yo me colé por ella. Al principio solo era que me gustaba su pinta. Aquí teníamos toda clase de mujeres, pero precisamente ninguna era de mucha clase, y Nova era distinta. He tenido mi porción de guarrería en el mundo, pero siempre he sido bastante maniático en mis gustos con las mujeres. Yo... Bueno, todos, Brackett, Ormsby, Eider, toda la panda, querían cargarse a Nova. Pero yo se lo quité de la cabeza. Les dije que la dejaran en paz y que yo la convencería para la causa enseguida. De verdad que me creía capaz. Yo le caía bien, o eso parecía, pero no pude llegar más allá. No conseguí avanzar. Los otros se impacientaron, pero yo seguí aplacándolos, diciéndoles que todo iría bien, que si era necesario me casaría con ella y así tendría que callarse. No les gustó. No era fácil impedir que se diera cuenta de lo que estaba pasando porque trabajaba en la oficina de telégrafos, pero lo fuimos consiguiendo.

»El próximo sábado era el día escogido para los grandes fuegos artificiales. Me lo avisó Ormsby ayer. Me dijo con toda claridad que si no le cerraba la boca a Nova, se la iban a cargar. No sabían cuánto había podido averiguar y no querían correr ningún riesgo. Le dije que si la tocaba lo mataría, pero sabía que no podría convencerlos. Hoy me ha llegado el chivatazo. Me he enterado de que han dado la orden para cargársela esta noche. He ido a su oficina para enfrentarme con ellos. Estaba Brackett. Ormsby se me ha quitado de encima, ha negado haber dado ninguna orden que implicara a la chica y ha servido copas para los tres. La bebida tenía mala pinta. He esperado, a ver qué pasaba. Brackett se la ha bebido de un trago. Estaba envenenada. Ha salido a morir fuera y yo me he cargado a Ormsby.

»¡Toda la trama destruida! Era demasiado para nosotros. Cada uno intenta cortarle el cuello al otro. No he podido encontrar a Eider, pero Fernie me ha intentado disparar desde una ventana; y él es la mano derecha de Fernie; bueno, o lo era, porque ahora es un fiambre. Creo que lo que tengo en el pecho es definitivo. Yo ya estoy listo. Pero usted puede sacar a la chica de aquí. ¡Tiene que hacerlo! Eider seguirá con el plan previsto. Intentará acabar la matanza por su cuenta. Hará desaparecer la ciudad esta misma noche. Para él, es ahora o nunca. Intentará...

Un alarido hendió la oscuridad:

—¡Steve! ¡Steve! ¡Steve!

## XII. CIELO ROSA

Steve trazó un remolino al alejarse de la puerta, saltó sobre los parterres, cruzó el porche con una gran zancada y entró en la casa. A su espalda resonaban los pasos de Larry Ormsby. Un pasillo vacío, un cuarto vacío, otro. Nadie a la vista en la planta baja. Steve subió la escalera. Una cinta de luz dorada se colaba por debajo de una puerta. Steve la traspasó sin saber, ni averiguar, si estaba cerrada con llave o no. Simplemente se lanzó contra ella, con el hombro por delante, y se encontró dentro de la habitación. Apoyado en una mesa, en el centro de la habitación, el doctor MacPhail luchaba con la chica. Estaba detrás de ella y la rodeaba con los brazos mientras trataba de hacerla callar. La chica se retorció y se escurría como una gata enloquecida. Delante de ella, la señora MacPhail levantó un brazo armado con una porra.

Steve lanzó el bastón hacia el brazo pálido de la mujer en un gesto instintivo, sin apuntar ni aplicar ninguna habilidad particular. El denso ébano golpeó el brazo y el hombro y la mujer caminó hacia atrás, trastabillada. El doctor MacPhail soltó a la chica y se lanzó al suelo para placar a Steve por las piernas y tumbarlo. Steve tanteó a ciegas con los dedos la cabeza calva del doctor, no consiguió aferrarse a su cuello grueso, encontró una oreja y hundió las falanges en la carne que se extendía por debajo.

El doctor gruñó y se retorció para escabullirse de aquellos dedos que se le clavaban. Steve liberó una rodilla y la lanzó hacia la cara del doctor. La señora MacPhail se agachó junto a la cabeza de Steve y alzó la porra de cuero negro que aún sostenía. Él le lanzó un golpe a los tobillos y falló, pero la porra, al descender, tan solo le dio una tarascada oblicua en un hombro. Steve se escabulló, gateó para alejarse... y cayó boca abajo, sometido por el peso del doctor sobre su espalda.

Rodó, consiguió que el doctor quedara debajo y sintió su aliento caliente en el cuello. Estiró el cuello hacia atrás y luego dio un cabezazo con fuerza. Volvió a estirar y repitió el golpe para atacar la cara de MacPhail con la base del cráneo. Los brazos del doctor se aflojaron y, tras ponerse en pie de un salto, Steve comprobó que la pelea había terminado.

Larry Ormsby estaba junto a la puerta y, por encima de su pistola, dirigía una sonrisa malévolamente a la señora MacPhail, que permanecía al lado de la mesa con expresión de amargura. La porra estaba en el suelo, junto a los pies de Larry.

La chica se apoyó en el otro lado de la mesa con gesto débil, una mano en el cuello magullado, la mirada aturdida y presa del terror. Steve rodeó la mesa para acercarse a ella.

—¡Vamos Steve! ¡No es momento para jugar! ¿Tiene coche? —La voz de Larry sonaba áspera.

—No —respondió Steve.

Larry maldijo con amargura: un estallido de sucias blasfemias. Luego:

—Cogeremos el mío. Corre más que cualquier otro coche del estado. Pero no se pueden quedar aquí esperando a que lo traiga. Llévase a Nova a la cabaña del ciego Rymer. Los recogeré allí. Es la única persona de la ciudad en quien puedo confiar. ¡Vamos, maldita sea! —exclamó.

Steve lanzó una mirada a la hosca señora MacPhail y a su marido, que ahora empezaba a levantarse del suelo, con la cara magullada y manchada de sangre.

—¿Y ellos?

—No se preocupe por ellos —dijo Larry—. Coja a la chica y vaya a casa de Rymer. Yo me encargaré de este par y llegaré al cabo de quince minutos. ¡Vamos!

Steve entrecerró los ojos y estudió al hombre que seguía junto a la puerta. No se fiaba de él, pero como todo Izzard parecía igual de peligroso, cualquier lugar era tan seguro como cualquier otro y Larry Ormsby podía resultar honesto en esa ocasión.

—De acuerdo —concedió. Luego se volvió hacia la chica—: Búscate un abrigo grueso.

Cinco minutos después avanzaban a toda prisa por las mismas calles oscuras que habían recorrido la noche anterior. A menos de una manzana de la casa, les llegó el sonido de un disparo con silenciador, y luego otro. La chica lanzó una mirada rápida a Steve, pero no dijo nada. Él confió en que no hubiera entendido lo que significaban aquellos dos disparos.

No se cruzaron con nadie. Rymer oyó y reconoció los pasos de la chica en la acera y abrió la puerta sin darles tiempo a llamar.

—Entra, Nova —la recibió con entusiasmo. Luego tendió una mano en el vacío para saludar a Steve—. Es el señor Threefall, ¿verdad?

Les hizo pasar a la oscura cabaña y luego encendió la lámpara de aceite que tenía sobre la mesa. Steve se lanzó de corrido con un apresurado resumen de lo que le había contado Larry Ormsby. La chica lo escuchó con los ojos muy abiertos y la cara exangüe; la serenidad desapareció de la cara del ciego, que a medida que escuchaba parecía cada vez más viejo y cansado.

—Ormsby ha dicho que vendría a buscarnos en su coche —terminó Steve—. Si llega, usted vendrá con nosotros por supuesto, señor Rymer. Díganos qué quiere llevarse y lo prepararemos todo para que no haya retrasos cuando llegue... Si es que llega. —Se volvió hacia la chica—. ¿Qué opinas, Nova? ¿Vendrá? Y, si viene... ¿Podemos fiarnos de él?

—Eh..., espero que sí. No es malo del todo, creo.

El ciego se acercó a un armario que había en el lado opuesto de la sala.

—No necesito llevarme nada —aclaró—, pero me voy a poner ropa de más abrigo.

Abrió la puerta del armario de tal modo que en un rincón de la sala le quedó un espacio cubierto en el que cambiarse. Steve se acercó a una ventana y se quedó allí, atisbando por una rendija entre el marco y la persiana hacia la calle, en la que no se movía nada. La chica permaneció a su lado, pegada a él, con los dedos enroscados en la manga de su camisa.

—¿Vamos a...? ¿Vamos a...?

Él la acercó más todavía y respondió la pregunta susurrada que ella no conseguía terminar de formular:

—Lo vamos a conseguir —dijo—. Tanto si Larry juega limpio, como si no. Lo vamos a conseguir.

Sonó el crujido de un disparo de rifle que procedía de la calle Main. Una ráfaga de disparos de pistola. El Vauxhall de color crema salió de la nada y se detuvo junto a la acera, a dos pasos de la puerta. Larry Ormsby, sin sombrero y con la camisa abierta, por la que se veía un agujero bajo una clavícula, salió a trompicones del coche y entró por la puerta que Steve le mantenía abierta.

Larry cerró la puerta de una patada y se echó a reír.

—¡Qué bien arde Izzard! —exclamó, y juntó las manos con una palmada—. ¡Vamos, vamos! ¡Nos espera el desierto!

Steve se volvió para llamar al ciego. Rymer salió de su rincón oculto por la puerta del armario. Sostenía un grueso revólver en cada mano. El velo había desaparecido de sus ojos.

Su mirada, ahora fría y aguda, abarcaba a los dos hombres y a la chica.

—Manos arriba, todos —ordenó en tono seco.

Larry Ormsby soltó una carcajada alocada.

—¿Alguna vez ha visto a algún idiota hacer caso de esa orden, Rymer? —preguntó.

—¡Levanta las manos!

—Rymer —insistió Larry—. Yo ya me estoy muriendo. ¡Váyase al infierno!

Y sin gran premura sacó una automática negra de un bolsillo interior del abrigo.

Resonaron en la sala, uno tras otro, los estallidos de las armas que sostenía Rymer.

Sentado en el suelo por las pesadas balas que, literalmente, lo habían desgarrado, Larry apoyó la espalda en la pared y las agudas y crujientes explosiones de su pistola, más ligera, empezaron a interrumpir los rugidos de las armas de quien, hasta entonces, había pasado por ciego.

Steve, que al oír el primer disparo había saltado a un lado llevando a la chica consigo, se lanzó ahora contra el costado de Rymer. Sin embargo, justo cuando lo alcanzaba, se detuvo el tiroteo. Rymer se balanceó y hasta los revólveres que sostenía en las manos quedaron sin vida. Se escabulló de las manos de Steve, que intentaban aferrarlo —el cuello rozó una mano con la quebradiza sequedad de un papel— y se convirtió en un inerte montón en el suelo.

Steve alejó por el suelo, de una patada, las armas del muerto. Luego se acercó al punto en que la chica permanecía arrodillada junto a Larry Ormsby. Larry sonrió a Steve con un destello de su blanca dentadura.

—Me voy, Steve —le dijo—. Ese Rymer... Nos ha engañado a todos... Esas veladuras falsas en los ojos... Era un espía de los propietarios del ron. —Se estremeció y su sonrisa se volvió tensa y rígida—. ¿Podrías estrecharme la mano, Steve? —preguntó al cabo de un momento.

—Eres un buen tipo, Larry.

No se le ocurría otra cosa que decir.

Pareció que al moribundo le gustaba. Su sonrisa se volvió real de nuevo.

—Buena suerte... Podrás sacar ciento diez por el Vauxhall —consiguió decir.

Y entonces, olvidando aparentemente a la chica por la que acababa de entregar la vida, dedicó una última sonrisa a Steve y se murió.

La puerta de la calle se abrió de golpe y asomaron dos cabezas. Luego entraron sus dueños.

Steve se puso en pie de un salto y blandió el bastón. Restalló un hueso, como un látigo, y un hombre se puso a caminar hacia atrás, al tiempo que se llevaba una mano a la sien.

—¡Detrás de mí! ¡Pegada! —gritó Steve a la chica.

Enseguida notó sus manos en la espalda.

El umbral se llenó de gente. Rugió un arma invisible y se desplomó un trozo de techo. Steve hizo girar el bastón y cargó hacia la puerta. Al girar, la madera captaba chispas y destellos de la luz de la lámpara que dejaban atrás. Se retorció como un ser vivo, parecía que se plegara por donde él la sujetaba, en el centro, como si tuviera allí un muelle de acero. Un destello convertía las semicircunferencias que trazaba en esferas letales. El ritmo de sus golpes incesantes en la carne, sumado al crujido de los huesos, se convertía en una melodía cantada entre los gruñidos que emitían los hombres al pelear, el rugido y las imprecaciones de los heridos. Steve y la chica salieron por la puerta.

Entre el movimiento de brazos, piernas y cuerpos, atisbaron el color crema del Vauxhall. Algunos hombres se subían a su carrocería con la intención de beneficiarse de su altura en la pelea. Steve se lanzó hacia delante, golpeó espinillas y muslos con su bastón y les obligó a bajar del coche. Con la mano izquierda tiró de la chica para acercarla a su costado. Su cuerpo se estremecía y sacudía por los golpes de hombres que perdían su eficacia porque estaban tan cerca que apenas podían aspirar más que a chafarlo con el puro efecto de su peso.

De pronto le desapareció el bastón. En un instante lo sostenía en el aire y le daba vueltas; al siguiente, no tenía más que el puño vacío: el ébano se había desvanecido como una bocanada de humo. Alzó a la chica por encima de la puerta del coche y la sentó con fuerza en el interior, golpeando las piernas de un hombre que se interponía: oyó el crujido de un hueso y el hombre cayó al suelo. Por todas partes, manos ajenas lo agarraban, lo golpeaban. Soltó un grito de alegría al ver que la chica, acurrucada en el suelo del coche, intentaba accionar el mecanismo del coche con unas manos ridículamente pequeñas.

El coche empezó a moverse. Steve se agarró a él y soltó una coza hacia atrás con los dos pies. Los posó de nuevo en el suelo. Lanzó un golpe por encima de la cabeza de la chica con una mano que ya carecía del tiempo y la voluntad suficientes para cerrarse en un puño: los dedos tiesos golpearon una cara amplia y enrojecida.

El coche se movió. La chica alzó una mano para agarrar el volante y mantener el rumbo recto por una calle que ni siquiera podía ver. Le cayó un hombre encima. Steve tiró de él: le arrancó trozos, arrancó carne y mechones. El coche derrapó, se rascó contra un edificio y se libró de los hombres que lo acechaban por ese lado. Las manos que sujetaban a Steve se alejaron, llevando consigo buena parte de su ropa. Agarró a un hombre que se aferraba al respaldo y lo empujó hacia una calle que ya empezaba a fluir tras ellos. Luego se dejó caer dentro del coche, junto a la chica.

Por detrás estallaban los disparos. Desde una casa que quedaba un poco más adelante, un rifle de voz amarga se vació contra ellos y dejó un guardabarros hecho un colador. Luego los rodeó el desierto: blanco y liso como una gigantesca cama de hospital. Toda la persecución que habían sufrido quedó detrás.

Pronto la chica frenó y detuvo el coche.

—¿Estás bien? —le preguntó Steve.

—Sí, pero tú...

—Estoy entero —la tranquilizó—. Deja que me ponga al volante.

—¡No! ¡No! —protestó ella—. Estás sangrando. Te han...

—¡No! ¡No! —la imitó él, burlón—. Será mejor que sigamos avanzando hasta que lleguemos a algún sitio. No nos hemos alejado lo suficiente para considerarnos a salvo.

Temía que si ella intentaba curarlo se desmoronaría en sus manos. Así se sentía.

Ella puso el coche en marcha y arrancaron de nuevo. A Steve le entró un sueño enorme.

¡Menuda pelea! ¡Menuda pelea!

—¡Mira qué cielo! —exclamó ella.

Aunque le pesaban, Steve abrió los ojos. Por delante, por encima de ellos, el cielo se iba iluminando: de un negro azulado pasaba al violeta, al malva, al rosa. Volvió la cabeza para mirar atrás. En el lugar donde quedaba Izzard se alzaba una fogata monstruosa que pintaba el cielo con un resplandor diamantino.

—Adiós, Izzard —dijo, soñoliento.

Buscó una postura más cómoda en el asiento. Volvió a mirar hacia el brillo rosáceo del cielo.

—Mi madre tiene unas primaveras en su jardín, en Delaware, que a veces tienen ese color —dijo, medio dormido—. Te gustarán.

Su cabeza se fue deslizando hasta que quedó apoyada en el hombro de la chica. Luego se durmió.